
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Corredoira López, Angela; Javier Rodrigo, dir. La construcción de la imagen femenina en la literatura de la Cruzada. 2019. 37 pag. (803 Grau en Història)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/216836>

under the terms of the  license

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN FEMENINA EN LA LITERATURA DE LA CRUZADA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Ángela Corredoira López

NIU: 1422339 | TUTOR: Javier Rodrigo

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| 1. INTRODUCCIÓN..... | 5 |
| 2. ESTADO DE LA CUESTIÓN | |
| 2.1. La importancia de la historia de género en los estudios de la guerra | 6 |
| 2.2. Límites y carencias | 10 |
| 3. DESCRIPCIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO | |
| 3.1. El papel de las sublevadas durante la Guerra Civil | 15 |
| 3.2. La construcción de la figura de la enemiga | 18 |
| 3.3. La redefinición del concepto de género en el relato de la Cruzada..... | 19 |
| 3.4. La caricaturización femenina..... | 24 |
| 4. CONCLUSIÓN | 25 |
| 5. POSIBLES LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN | 26 |
| 6. BIBLIOGRAFÍA | 27 |
| 7. ANEXO | 29 |

RESUMEN

La tradición historiográfica sobre la Guerra Civil ha tendido a relegar el papel de las mujeres a la pasividad política. Este trabajo pretende demostrar a las féminas como sujetos activos con una importancia tal que el Nuevo Estado estableció como una de sus prioridades la activación de un gran mecanismo con el objetivo de redefinir la feminidad y relegarla de nuevo al ámbito doméstico.

ABSTRACT

The Construction of the Female Image in the Cruzada Literature

The historiographical tradition about the Spanish Civil War has tended to relegate women's role to political passivity. This work aims to demonstrate women as active subjects with such importance that the Nuevo Estado established as one of its priorities the activation of an immense mechanism with the purpose of redefining femininity and relegate it back to the domestic sphere.

1. INTRODUCCIÓN

En las futuras líneas me planteo hacer una panorámica sobre la ingente tarea que desarrolló el Nuevo Estado con el objetivo de redefinir el concepto de género, devolviéndole la significación más relacionada con lo doméstico.

En primer lugar pretendo concretar sobre el estado de la cuestión, mencionando sobre la importancia de la historia de género en los estudios de la guerra, en la mayoría de ocasiones una relación sumamente infravalorada, pues ha habido una tendencia generalizada a la preponderancia de la historia militar en estos estudios. Así pues, se pone en valor la importancia de las retaguardias o la violencia, aspectos en los que el papel femenino resulta esencial y deben ser observados en mayor profundidad, considerando a la mujer como agente activo en los procesos políticos.

A continuación, en la descripción del objeto de estudio, centro mi atención en el papel de aquellas mujeres que decidieron apoyar la sublevación durante la Guerra Civil, a la que siguieron los esfuerzos por conseguir la *virilización* del Nuevo Estado. Con tal objetivo, la redefinición del rol femenino resultaba esencial, eliminando cualquier atisbo de la “mujer moderna” que empezó a surgir durante la Segunda República. Este proyecto estatal requirió de una serie de mecanismos liderados por la Sección Femenina, organización que mediante sus Escuelas del Hogar o publicaciones se encargó de propagar un modelo de feminidad centrado en la domesticidad, la maternidad y la sumisión al hombre. Con el objetivo de plasmar el discurso impartido por el régimen franquista, mencionaré, en una panorámica general, los recursos utilizados con tal de crear “mujeres falangistas de buena moral”, siempre en oposición a las *rojas*, a las que se sometió a la crítica más misógina y homófoba posible.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

2.1. La importancia de la historia de género en los estudios de la guerra

La llegada de los estudios de género al panorama académico planteó la apertura de numerosos debates alrededor de las prácticas discursivas tradicionales, que, aún a día de hoy, se basan en el androcentrismo, el eurocentrismo y el etnocentrismo. Este relato histórico, todavía muy asentado a todos los niveles, se ha ido agrietando a medida que los mencionados estudios de género lo cuestionaban, abriendo paso a nuevas propuestas. Este paradigma, “plantea, desde una concepción amplia de la historia social, la historia política y la historia cultural, en las que actúa como elemento transversal, la importancia de las interconexiones entre las diferentes relaciones sociales, entendidas como relaciones desiguales marcadas por desequilibrios de poder y por las negociaciones en torno a él, y se ha convertido en punto de confluencia y debate de numerosas cuestiones”¹.

Gracias a los debates generados, al cuestionamiento del relato acaparado por el hombre y a la insistencia en la necesidad de reconstrucción de una narrativa femenina, se empezó a gestar la duda sobre el discurso clásico que defendía la supuesta pasividad política de las mujeres, considerando “la construcción de las identidades de género en el marco de las culturas políticas y la acción colectiva”². En el caso español, el activismo político de las mujeres se empezó a evidenciar a causa de la suma importancia que tomaron los relatos en primera persona en las obras de las historiadoras que, ya en los primeros años de la transición democrática, decidieron iniciar estudios sobre la Guerra Civil. Como ejemplos paradigmáticos contaríamos con los trabajos de Juana Doña, Teresa Pàmies, Carlota O’Neil o Tomasa Cuevas, que se ha convertido en un verdadero referente para cualquier tipo de estudio sobre la represión franquista, pues consiguió darle voz a una gran cantidad de testimonios. Los estudios que siguieron estas aportaciones iniciales permitieron desmentir de forma definitiva la narración clásica que negaba el papel de las mujeres en la lucha política, pudiendo afirmar que la presencia femenina en dichas causas proviene de siglos atrás. Así pues, historiadoras como la citada María Dolores Ramos o Concha Fagoaga se remontaron a “las librepensadoras de entresiglos, que construyeron un puente entre la generación anterior, la de la Primera República, y la

¹ Ramos, M.D., 2015. Historia de las mujeres y género. Una mirada a la época contemporánea. *Revista de Historiografía*, 22, pp.213-214.

² Ramos, M.D., *Ibid.*, p.219.

de los años treinta”³. Aún así, ha sido el republicanismo femenino de la Segunda República lo que más interés ha suscitado entre las historiadoras, tal vez por ser estas claro ejemplo de las grandes lagunas de la historiografía. Así pues, pese a existir excepciones como las pioneras Rosa María Capel o Mary Nash, que siguieron la corriente de la Historia de las Mujeres (antecesora ideológica de la historia de género), el grueso de los estudios de género llevados a cabo sobre la mencionada cuestión de las republicanas lo encontramos ya en nuestro siglo, como por ejemplo en los trabajos de Adriana Cases Sola.

El papel políticamente activo de las mujeres nos lleva, de forma obligada, a los estudios sobre la guerra, en este caso sobre la Guerra Civil. Y lo cierto es que los avances de la historia de género se ven comprometidos cuando se escribe sobre cualquier guerra. De forma prácticamente sistemática, las mujeres se convierten en víctimas pasivas, eclipsadas por multitud de factores concernientes al conflicto en sí mismo, a la historia militar. Aún así, en los últimos años, gracias a la influencia de la historia social, se han empezado a abordar “las dinámicas y equilibrios colectivos, comprender los complejos procesos que operan en la toma y ejecución de decisiones o adentrarnos en los recovecos y laberintos del comportamiento, las emociones y las motivaciones humanas bajo las condiciones extremas impuestas por los conflictos armados”⁴. A raíz de dichos estudios, la historia de género ha conseguido abrirse paso, cuestionando los roles de género, que tan fácilmente se moldean al servicio y necesidades de los Estados patriarcales. Esto nos ha permitido observar a las mujeres como sujetos activos de las retaguardias y los frentes. De estos últimos y sobre el papel de republicanas y sublevadas en ellos, contamos con los trabajos de historiadoras como Ángela Cenarro, Inbal Ofer o Antonio Manuel Moral.

Es imposible obviar el papel de las féminas como sostén de las sociedades en las retaguardias, en un momento, además, de gran demanda de mano de obra, teniendo que ejercer responsabilidades a las que nunca habrían tenido acceso si no fuera por la coyuntura conflictiva, “al fin y al cabo, la guerra total empuja a sociedades enteras dentro de un estrecho cuello de botella que acerca y homogeneiza experiencias partiendo de bagajes muy distintos, altera las identidades preexistentes y genera un nuevo paisaje mental caracterizado por otras formas de entender el mundo”⁵. Así pues, las mujeres, que

³ Ramos, M.D., Historia de las mujeres y género, *Op.Cit.*, p.221.

⁴ Alegre, D., 2018. Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica. *Hispania Nova*, 16, p.168.

⁵ Alegre, D., *Ibid.*, p.175.

no dejaron de ejercer sus roles como hijas, esposas o madres, hartos complicados y duros emocionalmente, como se puede presuponer, además tuvieron que cargar con el peso de toda la estructura social a sus espaldas, por no hablar de las exigencias de una economía de guerra, pues no solo había que cubrir las vacantes dejadas por los hombres, también había que cubrir las necesidades productivas que exigía el conflicto, a las que habría que sumar el factor fundamental: la supervivencia propia y la de los más allegados a cargo de cada mujer. Por lo tanto, fueron muchos los procesos que confluyeron en la figura femenina, pues recaía sobre sus espaldas un gran peso, incomprensible para muchos de nosotros por mera inexperiencia o tal vez por la falta de relatos que hayan decidido expresar los pormenores de los esfuerzos llevados a cabo por las mujeres y, sobretodo, lo esenciales que estos resultaron para la continuación y el desarrollo del conflicto.

Pese a la enorme complejidad de lo ya expresado, lo cierto es que, sobre todo en lo que atañe a las guerras del siglo XX, estas produjeron las primeras masificaciones del trabajo femenino, generándose sociedades mixtas, donde hombres y mujeres compartían espacios, sin tener que entrar en conflicto la vida pública y privada de ellas, favoreciendo el desarrollo personal y profesional de las mujeres. Así pues, se rompieron numerosas costumbres y convenciones estéticas, “aparecieron nuevas prácticas amorosas, formas de ocio y, también, de sexualidad (algo que por otro lado también es extensible a los hombres, combatientes o civiles)”⁶; además de asumir responsabilidades antes jamás pensadas, como los obligados trámites administrativos en casos como defunciones, la compra-venta en el mercado negro o la participación en la resistencia contra el ocupante.

Aún así, tras los conflictos, lo habitual fue la reimposición del estereotipo de feminidad, es decir, el conjunto de cualidades y características psicológicas y físicas que las sociedades asignarán a las mujeres, cambiará muy poco. Es más, la concepción de la mujer tras la guerra siempre tuvo tendencia a volverse mucho más conservadora, sobre todo a causa de las medidas estatales, que debían centrarse en la reconstrucción de las naciones, escudándose en la idea de la maternidad, considerando pues la natalidad como asunto de interés público que recaía solamente sobre las mujeres, pese a que estas formaran parte activa de la nación. En el caso español, el régimen franquista retrocedió de forma radical en lo que concierne al ideario en torno al estereotipo femenino, volviendo a reivindicar las bondades de ser, casarse, parir o educar un “ángel del hogar”. Esta regresión tan radical surgió a causa de la necesidad de contrarrestar la progresiva

⁶ Alegre, D., Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX, *Op.Cit.*, p.175.

pérdida de poder de la Iglesia católica durante la Segunda República (aunque su influencia social y política seguía siendo inmensa como quedó bien probado en la Guerra Civil), que implicaba una menor influencia de los ideales cristianos sobre la vida de las personas, además de los derechos otorgados por dicho Estado a las mujeres, que se habían visto a sí mismas, por primera vez gracias a la Constitución de 1931, como votantes y sujetos de soberanía iguales a sus compañeros varones. Por supuesto, para mantener sellado este ideal femenino entre los muros del hogar se necesitó del ensalzamiento de la figura del marido. Marido como guardián de la buena actitud femenina, como protector de los males a los que las había expuesto la Segunda República y, por supuesto, con un papel ineludible en la reproducción y como futuro proveedor de las necesidades básicas de su prole. Por lo tanto, el estudio de las relaciones entre géneros nos permite conocer el entramado social sustentado por un Estado en concreto con unos objetivos políticos determinados. No se debería haber obviado como se ha hecho la figura de la mujer durante y después de la Guerra Civil, pues ha sido catalizadora de multitud de procesos y medidas determinantes para todo el conjunto de la sociedad.

Joan Scott ya propuso, en los párrafos finales del crucial artículo donde definió el concepto “género”⁷, la introducción de los estudios de género dentro de la historia de los conflictos, pues al fin y al cabo “el estudio de la guerra debe captar y representar la experiencia humana en toda su complejidad, desde diferentes sectores de la sociedad y de la forma más cercana posible a la realidad de los contemporáneos”⁸. Por lo tanto, los esfuerzos femeninos deben ser estudiados, no podemos analizar la guerra total sin tener en cuenta a la mitad de población que ha ayudado a llevarla a cabo, y ello sin necesidad de victimizar a nadie, pues la caída en sentimentalismos es habitual cuando se narra sobre la Guerra Civil y las mujeres que participaron del conflicto de cualquier forma. Como referentes en este campo y en la historia de género española en general contamos con los trabajos de Inmaculada Blasco.

Del mismo modo no podemos olvidar el necesario estudio de la postguerra y sus enormes secuelas, que suelen marcar a generaciones enteras, dejando heridas abiertas

⁷ “La investigación sobre estos temas alumbrará una historia que proporcionará nuevas perspectivas a viejos problemas (por ejemplo, acerca de cómo se impone la norma política o cuál es el impacto de la guerra sobre la sociedad), redefinirá los viejos problemas en términos nuevos (al introducir consideraciones sobre la familia y la sexualidad, por ejemplo, en el estudio de la economía o de la guerra), que hará visibles a las mujeres como participantes activos y creará una distancia analítica entre el lenguaje aparentemente estable del pasado y nuestra propia terminología.” Scott, J.W., 1986. Gender: A useful category of historical analysis. *The American Historical Review*, 91(5), p.1075.

⁸ Alegre, D., Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX, *Op.Cit.*, p.194.

sumamente difíciles de cicatrizar por la tendencia política de echarles sal de vez en cuando. El necesario estudio sobre las consecuencias generadas por el conflicto, también en lo referido a las mentalidades, afectando directamente a las relaciones entre hombres y mujeres, generando roles que probablemente se perpetúen en el tiempo. En el caso español la experiencia posbélica fue acompañada de un régimen dictatorial que afectó enormemente la situación legal y vital de las mujeres, que vieron restringidas todas sus libertades, quedando bajo la lupa todas sus acciones. No siendo solamente juzgadas por su (posible) militancia política, el franquismo se creyó también en el derecho de juzgarlas también como mujeres en su obsesión por masculinizar por completo la política y el Estado.

2.2. Límites y carencias

Los años setenta del siglo pasado fueron una coyuntura de cambios y reivindicaciones como la de “los derechos civiles en Norteamérica, luchas por la libertad en los países sometidos a regímenes dictatoriales, como sucedió en España, Portugal y Grecia, rebeldía estudiantil y protestas obreras en Francia, denuncia de la esclerosis política e ideológica en los países del Este (...) y expansión de la segunda ola del movimiento feminista”⁹. Sería en este tipo de contextos, sumados al gran auge de la antropología, la historia social y la de las mentalidades, que las mujeres tomaron las riendas en lo que al proceso de escritura de su historia se refiere, generando el paradigma de la historia de género. Aún así, la consolidación de estos estudios no se daría hasta la década de los ochenta, cuando las herramientas de análisis y los conceptos se renovaron, introduciendo terminología al vocabulario historiográfico y, por lo tanto, enriqueciendo los estudios de la historia de género, gracias también a los intensos debates que tuvieron lugar alrededor de estos. Hay que mencionar pues, de forma obligada, el concepto de género “como forma conceptual de análisis sociocultural que desafía la ceguera que la tradición historiográfica ha demostrado respecto al sexo”¹⁰. En este sentido la definición paradigmática sería la de Joan Scott, que “subraya el carácter histórico, social y culturalmente construido, de la diferencia sexual, sobre la que basculan los cambiantes significados de la feminidad y la masculinidad en diferentes épocas y sociedades, así como un sistema de poder,

⁹ Ramos, M.D., Historia de las mujeres y género, *Op.Cit.*, p.221.

¹⁰ Bock, G., 1991. La historia de las mujeres y la historia del género. Aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, 9, p.61.

desfavorable para las mujeres, que impregna las relaciones sociales y se transmite”¹¹ a través de diversos y numerosos mecanismos sociales.

La llegada tardía de los estudios de género a la historiografía todavía es mucho más escandalosa cuando nos centramos en el caso español, pues estos discursos no pudieron empezar a aplicarse hasta la década de los ochenta, tras el fin de la dictadura franquista, teniendo su momento de verdadera eclosión en los años noventa (con la fundación de la revista *Arenal*, por ejemplo). Aun así, pese a la recién estrenada libertad de expresión, el miedo a que la situación de las mujeres fuera acallada o relegada a un segundo plano se mantenía presente aún en los primeros estudios dedicados a dicha temática, incluso “algunos trabajos percibieron con lucidez el riesgo de que la lucha femenina quedara injustamente omitida en la nueva construcción democrática. María Dolors Calvet advierte en 1978, en el prólogo a *Resistencia y movimiento de las mujeres en España 1936-1976*: “El fascismo no perdonó a las mujeres que querían ser personas y las fuerzas democráticas no fueron capaces de comprender la dimensión histórica de este hecho”¹². Además, muchos estudios, como por ejemplo aquellos que querían dedicarse a las prisiones, en auge a día de hoy, tuvieron que esperar hasta mediados de los años noventa para despegar, en gran parte por una cuestión práctica, a causa de la “imposibilidad de acceso a los archivos penitenciarios y militares hasta fechas muy recientes, así como la desaparición y fragmentación de la documentación”¹³. Más adelante, los historiadores decididos a tratar a las mujeres como sujetos activos de la Guerra Civil, analizando su papel en los frentes o en la lucha política, se han topado, por ejemplo, con cifras nada concretas pero sin duda abundantes, de mujeres fusiladas por causas y denuncias que desconocemos en la mayoría de los casos por la falta de interés anterior. Del mismo modo, la “represión sexual”¹⁴, como denominó la historiadora Maud Joly a las violencias feminizadas, los castigos infringidos de forma exclusiva a las mujeres por su condición como tales, han sido un gran vacío en la historiografía de guerra española hasta los últimos años, aunque, de forma progresiva, se han ido abriendo paso gracias a trabajos como el de Irene Abad. Esta “represión sexual” incluye, por supuesto, la violencia sexual, del mismo modo infravalorada en el caso de la historiografía

¹¹ Ramos, M.D., Historia de las mujeres y género, *Op.Cit.*, p.213.

¹² Souto, L., 2017. La memoria republicana y el discurso femenino en la transición: Tomasa Cuevas, Juana Doña y Carlota O’Neil. *Sociocriticism*, 32 (1), pp.182.

¹³ Verdugo, V., 2008. Franquismo y represión penitenciaria femenina: las presas de Franco en Valencia. *Arenal*, 15 (1), pp.155.

¹⁴ Joly, M., 2008. Las violencias sexuales de la Guerra Civil española: paradigma para una lectura cultural del conflicto. *Historia Social*, 61, pp.89-107.

española, al contrario que en el resto de Europa, donde “desde los años 90 se han escrito ríos de tinta sobre la violación como arma de guerra”¹⁵ y, en consecuencia, por la estrecha relación de las violaciones con la masculinidad heteronormativa establecida, es precisamente la cuestión de las masculinidades la que hoy en día está cobrando relevancia en este tipo de estudios, siendo los trabajos de Nerea Aresti un buen referente.

Así pues, el arranque de los estudios de género en España fue clamorosamente tardío, a la vez que comprensible dadas las circunstancias. Aún así, lo cierto es que la impermeabilidad a los estudios comparativos y la simplificación han caracterizado desde sus inicios a toda la historiografía dedicada a la guerra del 36, algo que, obviamente, no ha ayudado al avance del relato de género dentro de este campo de estudio, generándose “continuidades que afectan, claro está, a la forma de narrar tanto la guerra cuanto a las violencias de retaguardia, atravesadas en sus relatos de ritualidad, morbosidad y sentimentalismo”¹⁶.

En el caso español no solo encontramos una ausencia manifiesta del relato de género, como se ha comentado en el apartado anterior, es evidente también la falta de interdisciplinariedad imperante en los trabajos sobre la Guerra Civil, cayendo en una espiral mayoritaria de simplificación y mitificación de la guerra total. En este sentido, tal y como afirmaba Javier Rodrigo, “si no se atiende a la triple dimensión histórica de la violencia -víctima, victimario y contexto- que las arrastró a la muerte, si no se hacen distinciones entre víctima viva y muerta, si se convierten en iconos fosilizados para el presente aun a costa de retorcer sus relatos hasta hacerlos manejables, posiblemente se les estará condenando a la incomprensión. Sin complejidad narrativa e interpretativa no se elaborará historia sino cronología”¹⁷.

Podríamos determinar tres grandes narraciones sobre la Guerra Civil española (que obviamente no son las únicas): “el primer relato, el de la Cruzada -nombre usado, además, mayoritariamente-, nombraría la confrontación militar y social como una Guerra de Liberación y comprendería la violencia de la propia retaguardia como necesaria, y la del enemigo como inundatoria. El de la Paz y su evolución en el relato de la culpabilidad colectiva, generado en el seno de la dictadura franquista pero coherente con las necesidades narrativas de su complejo presente, vería esa violencia como irracional, como

¹⁵ Alegre, D., Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX, *Op.Cit.*, p.172.

¹⁶ Rodrigo, J., 2013. *Cruzada, paz, memoria*. Granada: Comares, p.5.

¹⁷ Rodrigo, J., 2011. Acosada y desprestigiada: la “historia” vista desde la “memoria”. *Con-ciencia social: anuario de didáctica de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, 15, pp.138-139.

un elemento de la locura trágica que se materializó en la, así es como la llamaron, Guerra de España: una guerra que la historiografía llamaría, primero desde fuera adentro y después también dentro de España, Civil. Y, por fin, el más reciente de la Memoria, compuesto de dos líneas narrativas paralelas (la memoria histórica y su contrarrelato, el revisionismo), en el que sin dejar de nombrar el conflicto como una Guerra Civil, se propondrá una mirada desde la víctima en clave anamnésica y presentista.”¹⁸

Evidentemente, el relato de Cruzada obvió toda complejidad histórica, pues su objetivo era claro: la legitimación de un régimen establecido en base a la violencia, que además seguía practicándola de forma indiscriminada. En él no aparecerían mujeres, sino heroínas de la patria, ante la necesidad de demostrar que la participación femenina en la política o en momentos de conflicto era cosa excepcional, remarcando un caso llamativo para invisibilizar todos los esfuerzos femeninos. El segundo relato carecía hasta tal punto de análisis social que determinó la guerra como una locura transitoria e irracional, cuando a día de hoy, gracias precisamente a la mencionada interdisciplinariedad somos consientes de que “las políticas de la violencia y los conflictos armados no son una caída en la barbarie, más allá del poder metafórico de la idea o la tétrica realidad que los envuelve, sino una expresión paradigmática de la modernidad”¹⁹ y, por supuesto, de las sociedades que los llevan adelante. Sería a partir del 2000 cuando encontraríamos una preponderancia de la narración de la Memoria. Y cuando precisamente debería aparecer un relato mucho más complejo, nos encontramos de nuevo con carencias que suponen límites, “buenos y malos, asesinos monolíticos y víctimas angelicales, verdades absolutas y categorías cerradas emanadas desde la narración presentista tienen a veces poca validez. Pero son, básicamente, las que nutren esa nueva narración del pasado traumático de violencia”²⁰. Esto nos lleva a una simplificación de la violencia llevada a cabo por los sublevados basada en la maldad, una “elevación de las categorías éticas, bueno/malo sobre todo, a rango historiográfico”²¹.

En conclusión, la inclusión de los estudios de género en la historia de la guerra (y en la historia en general) ha resultado crucial, obligando a la apertura de nuevos campos de estudio, visibilizando la ausencia de numerosos debates, reclamando una necesidad de diversificación temática para conseguir una mayor complejidad en el relato histórico. Un

¹⁸ Rodrigo, J., *Cruzada, paz, memoria*, *Op.Cit.*, p.3.

¹⁹ Alegre, D., Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX, *Op.Cit.*, p.167.

²⁰ Rodrigo, J., Acosada y desprestigiada: la “historia” vista desde la “memoria”, *Op.Cit.*, p.136.

²¹ Rodrigo, J., *Ibid.*, p. 137.

relato que continuamente ha tratado a las mujeres como víctimas pasivas de los conflictos, arrebatándoles todas sus luchas, ya fueran a nivel público o a nivel privado. Pues del mismo modo que los esfuerzos de guerra llevados a cabo por los hombres han sido estudiados de forma pormenorizada, no podemos obviar el papel de las mujeres en una coyuntura de conflicto, pues invisibilizamos, básicamente a la mitad de la sociedad en guerra, que no se desarrollaría sin unas redes de abastecimiento, un mantenimiento de la retaguardia, la producción de armamento y artículos de primera necesidad, el sostenimiento de los más débiles dentro de las economías familiares, o un cuerpo administrativo. Del mismo modo, el estudio de la posguerra, con la consiguiente reconstrucción del orden social, y las cicatrices dejadas en la población resultan esenciales para comprender las mentalidades que guían los roles de género, determinantes en las relaciones de cualquier sociedad.

Aun así, lo cierto es que tanto los estudios de género, por su corto recorrido, como los de la guerra, por la preponderancia de la historia militar, tienen carencias que en el caso español se agravan a causa de los relatos mayoritarios sobre la Guerra Civil, que han tendido de forma tradicional a caer en la simplificación y en una importante falta de interdisciplinariedad. Por lo tanto, nos encontramos en la obligada necesidad de seguir profundizando en los caminos abiertos por los investigadores que más han contribuido en la renovación de los estudios de la Guerra Civil, ofreciendo visiones mucho más complejas que las tradicionales.

3. DESCRIPCIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

3.1. El papel de las sublevadas durante la Guerra Civil

Durante la Segunda República las mujeres vieron sumamente ampliados sus horizontes, abriéndose su abanico de posibilidades académicas gracias a la educación que empezó a subvencionar el Estado, por lo tanto, viendo aumentadas también sus opciones laborales. La representación política de las féminas, acompañada de medidas como la ley de divorcio o el seguro de maternidad, hicieron visible la capacidad de las mujeres más allá del hogar y la maternidad, generando “un nuevo prototipo femenino, la <<mujer moderna>>, radicalmente opuesto al que había sido el puntal de la familia burguesa patriarcal, el <<ángel del hogar>>”²².

Por supuesto, estas medidas no agradaron a todos, iniciando los reaccionarios un “un proyecto, en definitiva, erigido sobre la exaltación de una extensa panoplia de significados culturales de naturaleza fascista, tradicionalista, ultracatólica y reaccionaria, al que se adhirió un sinnúmero de representaciones y figuraciones pródigamente difundidas por una heterogénea mezcolanza de grupos sociales”²³. Aún así, lo cierto era que las mujeres constituían nuevas oportunidades en cuanto a voto, obligando a la derecha a rehacer parte de su discurso. No pudiendo excluirlas, crearon un modelo femenino patriarcal y antagónico al republicano, basado en el ultracatolicismo y el patriotismo, justificando su activismo político como algo coyuntural, algo que se extendería posteriormente al conflicto.

Los ideales mencionados se exacerbaron en el caso de Falange, que, a diferencia del resto de partidos de la derecha, mantenía un planteamiento organicista del Estado, en el que cada persona debía cumplir con un papel determinado, también las mujeres. Aún así, sus funciones dentro del ideario siempre fueron ambiguas, aprovechando posteriormente las militantes para tomarse ciertas licencias en sus interpretaciones. Así pues, las falangistas empezaron a movilizarse políticamente precisamente gracias a las libertades otorgadas por la Segunda República, motivadas por la creencia de una mayor predisposición de las mujeres para mantener los valores tradicionales de la familia y la religión, que debían ser defendidos ante el Estado enemigo. Así pues, la Sección

²² Cenarro, A., 2006. Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo. *Historia y Política*, 16, p.159.

²³ Ortega, T.M., 2010. <<Hijas de Isabel>> Discurso, representaciones y simbolizaciones de la mujer y de lo femenino en la extrema derecha española del periodo de entreguerras. *Feminismo/s*, 16, p.209.

Femenina de Falange se crearía en 1934, con Pilar Primo de Rivera al frente de la organización. Dedicando sus esfuerzos en un primer momento a atender “las necesidades de los camaradas presos y sus familias, así como desempeñando tareas de propaganda, enlace y recaudación de fondos”²⁴. Por lo tanto, si su participación activa en la política se basaba la defensa de la patria, la familia y la religión, para cuando estalló el conflicto armado la defensa de estos justificó plenamente su movilización extraordinaria a causa de la coyuntura bélica, con una contradicción evidente: “por un lado, un llamamiento claro a su movilización social y política; y, por el otro, un compromiso que preservara los roles de género diferenciados”²⁵. Esto tiene su expresión paradigmática en la publicación del *Fuero del Trabajo*, una ley que promulgaba el abandono de las féminas nacionalistas del trabajo en pro del buen mantenimiento de sus capacidades reproductivas.

Aún así, lo cierto fue que la actividad femenina en frentes y retaguardias resultó esencial, creándose, durante el primer año de la Guerra Civil, Auxilio de Invierno (a partir de mayo de 1937 Auxilio Social). Fundado por Mercedes Sanz Bachiller, jefa provincial de la Sección Femenina de Valladolid, esta institución se encargaría de la asistencia social de la retaguardia, aunque de forma minoritaria y un tanto desorganizada inicialmente. La Sección Femenina establecería su dominio sobre el Servicio Social para la mujer y la sección de niñas del Movimiento Juvenil de Falange, además de fundar prensa propia. Por lo tanto, “consolidó su posición como administradora única de programas de formación profesional (para enfermeras, instructoras de jóvenes, trabajadoras sociales, etc.) y de adoctrinamiento ideológico de mujeres nacionalistas”²⁶. En cuanto a las Margaritas, dirigidas por la carlista María Rosa Urraca Pastor, “se hicieron cargo de una entidad llamada Frentes y Hospitales, donde sirvieron como enfermeras, enlaces y lavanderas de primera línea”²⁷.

Aún así, en abril de 1937, con la aprobación del Decreto de Unificación que establecía la unión de todas las entidades políticas nacionalistas bajo el nuevo partido Falange Española Tradicionalista y de las JONS, la Sección Femenina, que como se ha comentado, no destacaba en demasía entre las otras, aprovechó para imponerse sobre las demás, cobrando suma importancia y pasando a ser la principal organización a finales del mismo año. Aún así, “las tradicionalistas se negaron a lucir los uniformes reglamentarios

²⁴ Cenarro, A. Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). *Op.Cit.*, p.162.

²⁵ Ofer, I., Mujeres (nacionalistas) del frente: Espacio y género en la guerra civil española. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7 (13), p.167.

²⁶ Ofer, I., *Ibid.* p.168.

²⁷ Ofer, I., *Ibid.* p.168.

y a imponer el tuteo falangista. No se mostraron cómodas con la unidad organizativa y trataron de mantener espacios propios, pues, si bien, se obligó a que convivieran en muchos locales junto a la Sección Femenina, lo cierto es que se permitió independencia a las afiliadas a Frente y Hospitales”²⁸. Realmente, estas tensiones continuaron hasta el final de la guerra, cuando se dispuso el desmantelamiento de Frentes y Hospitales y se benefició con ello a Auxilio Social. Por lo tanto, “en el amanecer de la inmediata posguerra, quedaba claro que las mujeres falangistas habían sido preferidas a las carlistas para organizar y modelar el ideal femenino en el Nuevo Estado”²⁹.

En zona republicana, al contrario que en la nacionalista, el papel de las mujeres en los frentes si se puso en cuestión. “Al poco tiempo de estallar la Guerra Civil, el Frente Popular utilizó a las mujeres como señuelo para el reclutamiento de los hombres poco animados a acudir al frente, y una vez conseguido esto, las expulsó de los frentes bélicos, tachándolas en ocasiones de prostitutas en el ejercicio de la profesión y acusándolas de transmitir enfermedades venéreas. (...) La miliciana fue primero ensalzada, luego desprestigiada y sustituida por la figura de la madre combativa sobre la que recaía la responsabilidad del bienestar familiar y colectivo, la transmisión de los valores republicanos a sus hijos y la incitación a que lucharan por su defensa”³⁰. Así pues, las funciones de las mujeres se resumieron, del mismo modo que en el bando nacional, a la asistencia en los frentes y la retaguardia en torno a la organización Mujeres Antifascistas.

Fue precisamente durante estos convulsos años que “el término ‘republicanas’ amplía su significado, de forma que bajo dicha denominación se esconde la pluralidad política existente en el bando republicano”³¹, pasando poco después, a ser conocidas simplemente como *rojas*, probablemente por la polarización política que favoreció a la extrema izquierda en estos años.

²⁸ Moral, A.M., 2018. Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas amazonas? *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7 (13), p.79.

²⁹ Moral, A.M., *Ibid.* p.80.

³⁰ Moral, A.M., *Ibid.* p.76.

³¹ Moreno, M., 2005. Republicanas y república en la Guerra Civil: encuentros y desencuentros. *Ayer*, 60, p.170.

3.2. La construcción de la figura de la enemiga

Desde los momentos inmediatamente posteriores a la sublevación militar de julio de 1936, los insurrectos hicieron uso de una “violencia desmesurada, aleatoria e incontrolada”³². Las mujeres que se tuvieron que enfrentar a esta represión no solo contaron con el condicionante político, también con el sexual, haciendo uso los sublevados de castigos específicos para las féminas, que, contrariando los valores de la Segunda República, debían volver al seno del hogar, quedando vedado cualquier papel activo en la vida pública. Así pues, los planes de los insurrectos implicaban una evidente virilización del Estado, “con lo cual, en materia mujer, se presuponía la recuperación de una total hegemonía masculina”³³. Esto último siempre acompañado por un “politicidio” (según el historiador Javier Rodrigo, “la violencia dirigida a la erradicación de toda política e ideología que no fuese la emanada del propio discurso franquista”³⁴) que hacía a su vez de elemento legitimador. Estos dos elementos se combinaron, generando una “represión sexuada” que afectaría directamente a las republicanas. Además, “el hecho de castigar a las mujeres, ¿no quiere decir acaso castigar a la familia de los republicanos en sentido amplio, en la medida en que, dentro de la ideología de los sublevados, la familia constituía el elemento clave de la concepción organicista de la sociedad, cuyo garante era la mujer? Por otra parte, la punición de estas ‘cabezas visibles’ de la retaguardia permite humillar en modo diferido a los hombres, que aunque están ausentes reciben los relatos de dichos procedimientos. (...) La parálisis por el terror provocado por la agresión priva de toda potencialidad de rebelión a mujeres consideradas a veces como ‘activas’”³⁵.

A todas estas circunstancias que agravaron la violencia dirigida a las mujeres, hay que añadir que en muchas ocasiones también sufrieron castigos por “<<delito consorte>>”, es decir el castigo por ser <<esposa de>> o <<madre de>> o cualquier otro rango de familiaridad que vincule a la mujer con hombres ideológicamente destacados”³⁶, siendo “culpabilizadas por permitir la desviación moral de la familia”³⁷.

³² Abad, I., 2009. Las dimensiones de la <<Represión Sexuada>> durante la dictadura franquista. *Jerónimo Zurita*, 84, p. 86.

³³ Abad, I., *Ibid.*, p.72.

³⁴ Abad, I., *Ibid.*, p.70.

³⁵ Joly, M. Las violencias sexuadas de la Guerra Civil, *Op.Cit.*, p.97.

³⁶ Abad, I. Las dimensiones de la <<Represión Sexuada>>, *Op.Cit.*, p.86.

³⁷ Ibáñez, M., 2016. ¿Alguien hablará de nosotras cuando hayamos muerto? Sobre género, franquismo y didáctica. *Revista de Didácticas Específicas*, 14, p.59.

Así pues, encontramos una relación directa de las violencias de guerra con la fabricación de la figura de la enemiga, pues el cuerpo femenino se convierte en tiempos de conflicto, invariablemente, en otro de los frentes de batalla, tanto desde un punto de vista físico como moral, convirtiéndose este en una herramienta más para dañar al enemigo.

3.3. La redefinición del concepto de género en el relato de la Cruzada

Con el fin de la guerra, se abrió un “período bisagra (en el que) cohabitaron a la vez resonancias de la guerra (en los gestos violentos y en el tratamiento retórico del enemigo) y un proceso de normalización de las practicas represivas introducidas por el conflicto y consolidadas por una dictadura exclusivista”³⁸. A esto hay que añadir los claros objetivos para con las mujeres que sostenía el Nuevo Estado: la vuelta de las féminas al tradicional modelo de domesticidad (también a causa del necesario aumento de la natalidad, esta estrategia ha sido utilizada a lo largo de la historia por Estados en proceso de reconstrucción) y el establecimiento de unas relaciones entre géneros profundamente patriarcales, “cancelando el programa igualitario de la República y revocando procesos de transformación en las relaciones de género que hundían sus raíces en el último tercio del siglo XIX”³⁹. Por lo tanto, se desarrolló una “intervención política a través de múltiples mecanismos con un objetivo claro: asegurar esta contrarrevolución, la asimetría de género, la desigualdad. Bajo esta premisa, se aprobaron toda una serie de disposiciones legales, normas de conducta y medidas específicas”⁴⁰ que velaban de forma obsesiva por “la moral y las buenas costumbres”⁴¹. Por lo tanto, las mujeres *rojas* no solo sufrieron por su condición de mujeres, también por la de vencidas, siendo juzgada constantemente su calidad moral, utilizándose para ellas un discurso “que hace referencia no sólo a una opción política condenada y condenable, sino a una catadura moral reprobable y punible”⁴².

A través de Servicio Social, las mujeres de Sección Femenina continuaron como encargadas de las labores auxiliares desempeñadas durante la guerra, pasando a ser las

³⁸ Joly, M. Las violencias sexuadas de la Guerra Civil, *Op.Cit.*, p.106.

³⁹ Blasco, I., 2005. “Sección Femenina” y “Acción Católica”: la movilización de las mujeres durante el franquismo. *Gerónimo de Uztaiz*, 21, p.56.

⁴⁰ Ibáñez, M. ¿Alguien hablará de nosotras cuando hayamos muerto?, *Op.Cit.*, p.59.

⁴¹ Ibáñez, M., *Ibid.*, p.59.

⁴² Ibáñez, M., *Ibid.*, p.59.

responsables de la asistencia social y la sanidad de forma definitiva. A esto habría que añadir su nueva tarea fundamental: en diciembre de 1939, un decreto declaró oficialmente a la Sección Femenina de FET y de las JONS como responsable de “ejercer la labor de adoctrinamiento y socialización de las mujeres españolas en el modelo femenino hegemónico y en los principios ideológicos falangistas”⁴³, institucionalizando, pues, la redefinición del concepto de género. Dicho modelo tenía como pretensión básica la de “hacer de la mujer un sujeto ignorante, temeroso ante las consecuencias derivadas de transgredir las pautas de comportamiento y moralidad impuestas para su sexo, sumisa, apolítica y relegada a los espacios de la domesticidad”⁴⁴. Para llevar a cabo dicha labor, se fundaron las llamadas Escuelas del Hogar de Sección Femenina y de Acción Católica, “impulsadas por sendas organizaciones para enseñar a las mujeres a ser buenas madres y esposas. La diferencia entre ambas, además de un mayor énfasis puesto en las enseñanzas religiosas y moral por parte de las católicas, la marcaba el hecho de que fue la organización falangista la oficialmente designada para desempeñar esta tarea. En consecuencia, fueron las escuelas del hogar de la SF las que fueron incluidas oficialmente como formación de hogar en calidad de asignatura obligatoria en los planes de enseñanza”⁴⁵.

En cuanto a las políticas de género del Nuevo Estado, estas “contenían una propuesta igualitaria y democratizadora hacia la población femenina (se reimplantó el código civil de 1889 y el código penal que castigaba el adulterio y recuperaba el concepto de honra; el matrimonio civil y el divorcio fueron anulados). Con respecto a lo segundo, se puso freno al acceso al trabajo extradoméstico femenino, a la entrada de las mujeres en todos los niveles del sistema educativo, así como a su participación activa en la vida pública y política”⁴⁶. Estas medidas, acompañadas por leyes pronatalistas, dejaban muy claro cual debía ser el papel de la mujer en el nuevo escenario creado por el régimen: esposas y madres, roles de los que se habían alejado durante la Segunda República, que supuso la incipiente aparición de la mujer moderna y el distanciamiento respecto a la religión (no abandonando nunca el modelo de la domesticidad tampoco en el caso republicano). Así pues, se implicó plenamente a las mujeres en la construcción del régimen, apelando a su capacidad reproductiva y su “deber” como transmisoras de las

⁴³ Blasco, I. “Sección Femenina” y “Acción Católica”, *Op.Cit.*, p.61.

⁴⁴ Abad, I. Las dimensiones de la <<Represión Sexuada>>, *Op.Cit.*, p.74.

⁴⁵ Blasco, I. “Sección Femenina” y “Acción Católica”, *Op.Cit.*, p.60.

⁴⁶ Blasco, I., *Ibid.*, p.56.

“buenas costumbres” a su progenie. Por lo tanto, aquellas disidentes políticas que no garantizaban la transmisión de las buenas costumbres franquistas, quedaban automáticamente excluidas de este llamamiento a la maternidad. Porque, como resulta obvio, la *roja* se creó en contraposición a la moral falangista, simbolizando “la desviación sexual y la degeneración, la transgresión de las normas de los roles sexuales, la virago, la herejía y la revolución, la violencia, la pertenencia a un grupo politizado y subversivo...”⁴⁷.

Aún así, “con independencia de que las políticas franquistas auspiciasen un claro retroceso para las mujeres en materia jurídica, ya ampliamente estudiado, los relatos contenidos en las revistas femeninas de la posguerra ofrecieron un relativo grado de pluralidad a la hora de responder a la pregunta de qué era ser mujer en la Falange y en la España de Franco”⁴⁸. Al fin y al cabo, aquellas que redactaban las líneas de *Y. Revista para la Mujer Nacional sindicalista*⁴⁹, por ejemplo, escribieron en calidad de vencedoras, enalteciendo continuamente esta redefinición del concepto de género que fomentaba el Nuevo Estado, pero, con su defensa activa de la causa de los insurrectos estaban desbordando “el rol limitado e invisible que se esperaba de ellas”⁵⁰. Pese a la aparente contradicción que nos podría causar esto, en las líneas de las revistas de la Sección Femenina atisbamos la permanente intención de ser reconocidas y hacerse un hueco en las filas de sus compañeros falangistas⁵¹. Para llevar a cabo este fin, se precisó de diversos mecanismos. En primer lugar, en base a los discursos de José Antonio, evidentemente dirigidos al público masculino pero no de forma explícita, las mujeres se definieron conforme a los conceptos que este concebía como partícipes del “modo de ser” falangista. Así pues, se consideró superior a la falangista “porque había elegido la disciplina frente a la libertad, la abnegación frente al egoísmo y el servicio frente a la comodidad, así como a la habitual frivolidad que se derivaba de ella, en un ejercicio de resignificación de las dicotomías que sustentaban la feminidad ideal a partir de los conceptos esenciales de la

⁴⁷ Joly, M. Las violencias sexuadas de la Guerra Civil, *Op.Cit.*, p.95.

⁴⁸ Cenarro, A., 2017. La Falange es un modo de ser (mujer): Discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945). *Historia y Política*, 37, p.93.

⁴⁹ Dirigida por Marichu de la Mora, *Y. Revista para la Mujer Nacional sindicalista*, fue una de las principales revistas femeninas que publicó Sección Femenina, del febrero de 1938 hasta enero de 1946, mediante su Servicio de Prensa y Propaganda.

⁵⁰ Cenarro, A. La Falange es un modo de ser (mujer), *Op.Cit.*, p.95.

⁵¹ “Consecuencia de la marginación e invisibilidad a la que estuvieron sometidas las primeras mujeres militantes en los momentos fundacionales de la organización, una etapa que se revelaría decisiva a la hora de definir las señas de identidad falangistas en los años siguientes”. Cenarro, A. La Falange es un modo de ser (mujer), *Op.Cit.*, p.100.

doctrina falangista”⁵². De todas estas supuestas virtudes, solo la abnegación⁵³ se consideraba femenina. Esto es a consecuencia de la estrategia discursiva que desarrollaron las falangistas, que decidieron adjudicarse términos asociados tradicionalmente a la “virilidad”, como coraje, entereza, tenacidad o esfuerzo, llegando incluso a utilizar una palabra tan sumamente restringida a los hombres como “heroísmo”, pero asociándolas siempre a conceptos relacionados con el rol femenino tradicional: cariñosa, abnegada, tranquila, compasiva... Por lo tanto, “la lógica que vertebraba el discurso de las <<consignas>> consistía en abrir posibilidades por la vía de la identificación con las actitudes y atributos masculinos, para establecer, en un segundo momento, una diferencia con respecto a ellos como forma de salvaguardar la feminidad de las falangistas”⁵⁴.

En segundo lugar, encontramos en las publicaciones de la Sección Femenina grandes intentos de conciliación entre el activismo político y el modelo de domesticidad: “más allá del reforzamiento de este patrón de género, propio de las posguerras, se reconocía la existencia de una vida propia y autónoma de estas falangistas previa al matrimonio, y difundían un modelo de relaciones entre los sexos presidida por la <<camaradería>> entre los cónyuges. Bebía por tanto de una noción de la diferencia sexual propia de la modernidad, basada en la complementariedad del hombre y la mujer, entre quienes fluía la armonía y el equilibrio por la existencia de una profunda afinidad derivada de su implicación compartida en el nacimiento y consolidación de la Nueva España”⁵⁵. Obviamente, estas visiones no agradaban a todos, teniendo las falangistas que contrarrestar sus palabras o incluso contradecirlas. Por lo tanto, “el reconocimiento de la particular labor <<callada>> y <<silenciosa>> de las mujeres venía después, para romper con el excesivo y arriesgado deslizamiento hacia lo masculino que desestabilizaba la tradicional separación de ámbitos de actuación para hombres y mujeres. En la misma tensión quedaron situadas las heroínas, perseguidas y caídas durante la Guerra Civil”⁵⁶.

⁵² Cenarro, A. La Falange es un modo de ser (mujer), *Op. Cit.*, p.99.

⁵³ “La <<abnegación>>, como había dicho José Antonio en el famoso encuentro con un grupo de mujeres en Don Benito (Badajoz, 1935), era esa <<virtud femenina>> que debía ser la de todos los falangistas, palabras que adquirieron un significado fundacional, como si de una revelación se tratase, para las militantes.” Cenarro, A. *Ibid.*, pp.99-100; “La revista *Y* de la sección Femenina veía la luz en febrero de 1938 reproduciendo las únicas palabras que José Antonio había dedicado a sus compañeras. Frente al egoísmo del varón, las mujeres estaban dispuestas a aceptar <<una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea>>” Cenarro, A. Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). *Op.Cit.*, p.175.

⁵⁴ Cenarro, A. La Falange es un modo de ser (mujer), *Op. Cit.*, p.99.

⁵⁵ Cenarro, A., *Ibid.*, p.109.

⁵⁶ Cenarro, A., *Ibid.*, p.116.

A estas últimas se las igualó “simbólicamente a los hombres por su martirio en la guerra, entendido como episodio salvífico para la redención de la patria. La reproducción fidedigna de los rituales que daban sentido a la <<religión política>> del fascismo español situaba a las falangistas en una posición idéntica de dignidad y reconocimiento en el acto fundacional de la Nueva España”⁵⁷. Evidentemente, la mera idea de posicionarse al mismo nivel que sus compañeros ya levantaba ampollas, así que, pese a reivindicar lo esencial de su labores en el campo de batalla, siempre lo hicieron remarcando que ellas no habían tomado las armas, sino que habían cuidado de los soldados desde puestos maternalistas. En contadas ocasiones encontramos referencias a acciones violentas de las féminas falangistas “para señalar con rotundidad cuáles eran los límites de su identificación con el arquetipo viril que no debían ser traspasados”⁵⁸, haciendo hincapié en la excepcionalidad de este tipo de sucesos: “<<excepcionalmente, en aquel lugar y momento en que la gravedad de las circunstancias era tal que todo debe supeditarse a ellas, es posible que pueda borrarse fugazmente la línea que separa las virtudes de la mujer de las del hombre>>”⁵⁹.

Algo que observamos claramente después del anterior repaso discursivo, es que la feminidad normativa de postguerra no se definió en oposición a la masculinidad, todo lo contrario, ya desde el final de la Guerra Civil encontramos “artículos dedicados a denigrar a las mujeres republicanas y de izquierdas, así como a las feministas y las sufragistas, o recuperasen escritos del siglo XV que presentaban a las mujeres como seres naturalmente avariciosos, exagerados y murmuradores. Enrique Jardiel Poncela efectuó una clasificación entre distintos tipos de mujer”⁶⁰ para la revista *Y* que, pese a contar con claros tintes misóginos, nos ofrece una clara visión general de lo que se consideraba como correcto o no en esta redefinición del concepto de género en la que las mujeres españolas podían dividirse en: *verdes*, *rojas*, *lilas*, *grises* y *azules*. Las cuatro primeras representaban modelos negativos en diversas facetas (por su ideología política o sus formas de vida) así que, este panorama, tan desolador para el autor, solo permitía esperar “-opinaba Jardiel Poncela- a que las españolas cambiasen algún día”⁶¹, surgiendo la mujer *azul*: “femenina sin ser feminista”, “reza y razona”, “sabe estar en casa y andar por la calle”, “trabaja sólo en lo suyo”, “es justa sin pedir justicia”, “no tiene pasado y cuida en

⁵⁷ Cenarro, A. La Falange es un modo de ser (mujer), *Op.Cit.*, p.103.

⁵⁸ Cenarro, A. *Ibid.*, p.104.

⁵⁹ Cenarro, A. *Ibid.*, p.104.

⁶⁰ Cenarro, A. *Ibid.*, p.97.

⁶¹ Sevillano, F., 2007. *Rojos : la representación del enemigo en la Guerra Civil*. Madrid: Alianza, p.112.

todo instante de su presente”, “ha hecho real lo ideal”⁶². La “otra cara, la de la maldad del marxismo soez y dominante, que encarnaban mujeres como Margarita Nelken, según el perfil que destacara Edgar Neville en las páginas de la revista *Y*”⁶³, se representaba mediante adjetivos negativos hacia su apariencia física, “la fealdad resentida era, así, atributo de la maldad”⁶⁴. Gracias a este recurso se explicaban sus actos violentos (en el caso de las milicianas, instigación a ellos en caso de Nelken), pues se las consideraba cegadas por la envidia, vengadoras del “desaire perpetuo de los hombres hacia ellas”⁶⁵.

3.4. La caricaturización femenina

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la brecha entre las nacional-sindicalistas y las *rojas* se ensanchó en una inmediata postguerra, pues, a la ya consabida distinción en base a la “buena moral y costumbres”, se añadió la de vencedoras y vencidas. “Así, mientras las mujeres de caídos fueron condecoradas con la <<medalla de sufrimientos por la patria>>, caso de la esposa del general Moscardó, que perdió dos hijos en Barcelona, la represión de género seguiría manifestándose entre las <<rojas>>, mediante <<paseos>>, rapados, purgantes y otras expresiones de humillación pública, como la prohibición de registrar la muerte de sus familiares, o de llevar luto”⁶⁶.

Además, como ya se ha mencionado anteriormente, se consideró a aquellas que auxiliaron a los insurrectos o tomaron las armas por ellos (pese a remarcarse la excepcionalidad de estos casos) como heroínas de la patria. En cambio, “la figura de la miliciana es despojada de su condición de mujer por como viste, el sempiterno <<mono>> que luce, y su comportamiento licencioso. Una pérdida, de su condición femenina, que revela los atributos de la revolucionaria como marimacho”⁶⁷.

El enemigo se desarrolló en femenino en ambos bandos, pues “la prensa anarquista se atrevía a señalar como falsa hipocresía el celibato de las falangistas y tradicionalistas, que gracias a sus <<sueños lascivos con el Eterno>>, se convirtieron en <<vírgenes histéricas>> y <<margaritas cloróticas>>”⁶⁸. Así pues, “este recurso de

⁶² Fragmentos extraídos de Jardiel, E., 1938. Mujeres verdes, mujeres rojas, mujeres lilas, mujeres grises y mujeres azules. *Y. Revista para la mujer*, 6, pp.38-39.

⁶³ Sevillano, F. *Rojos*, *Op.Cit.*, pp.113-114.

⁶⁴ Sevillano, F., *Ibid.*, p.114.

⁶⁵ Neville, E., 1938. Margarita Nelken o la maldad. *Y. Revista para la mujer*, 7, p.12.

⁶⁶ Rodríguez, S. Mujeres perversas, *Op.Cit.*, p.186.

⁶⁷ Sevillano, F. *Rojos*, *Op.Cit.*, p.119.

⁶⁸ Rodríguez, S. Mujeres perversas, *Op.Cit.*, p.181.

parodiar al adversario fue utilizado, tanto por Sección Femenina como por sus adversarios, incluyendo entre éstos a la resistencia de la izquierda democrática y a sus propios camaradas del partido único, que las criticaron con argumentos de la misma índole, mientras las utilizaban como mano de obra subalterna”⁶⁹.

La nueva importancia que obtuvo la religiosidad, acompañada del conservadurismo del Estado, permitieron la exacerbación de estos calificativos, emitidos por las vencedoras y los vencedores hacia todo aquello que escapara a su realidad: la disidencia política, todo aquello que no se correspondiera con la heterosexualidad normativa, la soltería, cualquier desviación del rol doméstico, pertenecer a un sector marginal de sociedad...

Por lo tanto, se trazó “una clara línea divisoria entre la mujer decente y <<las otras>>, que por rojas, liberales, y vencidas, al fin y al cabo, fueron señaladas con el dedo, delatadas y calumniadas, como prostitutas. El recurso más fácil, por sus connotaciones de género, para descalificar al <<enemigo interno>> y condenarlas a vivir en los márgenes de la sociedad”⁷⁰. Tal vez lo más clarificador de que esta redefinición de la feminidad se acabó convirtiendo en violencia es que la sexualidad se convirtió en algo punible, motivo de delaciones, “caso evidente entre las sirvientas de ciertos <<señoritos falangistas>>, que demostraron no tener escrúpulos para denunciarlas por sindicalistas o <<ligereza moral>>”⁷¹.

4. CONCLUSIÓN

Las consignas feministas de las mujeres de izquierda quedaron en un segundo plano tras la sublevación del 36, apremiando la lucha antifascista, sus antiguas reclamas se diluyeron hasta perder gran parte de su importancia. De todos modos, el discurso tradicional de los roles de género no se había superado nunca, por eso “en sus llamamientos a la resistencia, las comunistas se dirigieron con frecuencia a las mujeres en su calidad de madres o compañeras sufrientes por la separación que imponía el frente con sus hijos o esposos”⁷². Aún así hay que tener en cuenta que años antes de la guerra total ya se empezaba a atisbar el surgimiento de la “mujer moderna”. Esta última, desmarcándose en cierta medida de

⁶⁹ Rodríguez, S. Mujeres perversas, *Op.Cit.*, p.184.

⁷⁰ Rodríguez, S., *Ibid.*, p.194.

⁷¹ Rodríguez, S., *Ibid.*, p.192.

⁷² Cenarro, A. Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). *Op.Cit.*, p.176.

su rol doméstico y de la religiosidad imperante, contando con una incipiente independencia, que suponía una amenaza para el orden patriarcal, suscitó gran cantidad de críticas, todas basadas en la misoginia o la homofobia, pasando la sexualidad del ámbito más privado de los individuos a ser frente de batallas, el gran pretexto para la descalificación del *otro*.

Por lo tanto, no es de extrañar que una de las prioridades del Nuevo Estado se constituyera en la redefinición del concepto de feminidad, basado en la moral y las “buenas costumbres”, devolviendo a la mujer al ámbito doméstico con la tarea primordial de tener y criar hijos. Su sexualidad pasó a ser elemento definitorio de su persona. Además, su educación se resumió a la religión, las enseñanzas nacionalsindicalistas y las Escuelas del Hogar, pretendiendo relegar a las féminas a un segundo plano, acallarlas, encerrarlas en sus casas, bajo el dominio del hombre, haciéndolas ignorantes y sumisas. El gran aparato, mecanismo conductor encargado de “redirigir” la feminidad, fue la Sección Femenina: mujeres adoctrinando a otras mujeres con tal de que se dejaran oprimir por la misoginia del Nuevo Estado, por sus padres y sus maridos. Este fue el destino de las afortunadas, las vencedoras, madres de la nueva patria. La represión sexuada continuó para muchas republicanas, los castigos, los paseos, las prisiones, el robo de infantes, la marginación social.

Heroínas de guerra en el caso de las falangistas, marimachos transmisoras de enfermedades venéreas en el caso de las milicianas, las mujeres fueron juzgadas siempre doblemente: en primer lugar por su feminidad y, en segundo, por su pertenencia política. Por lo tanto, la opresión del sistema misógino del Nuevo Estado no se resumió a las *rojas*, pues también estaban bajo la lupa los comportamientos de las *azules*. Y si esto fue así, evidentemente tenemos que dejar de considerar a las mujeres como sujetos pasivos, empezando a ahondar de forma más comprometida en los papeles políticamente esenciales que desempeñaron.

5. POSIBLES LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

En los últimos años la historia de género ha evolucionado hacia una vertiente más social, camino en el que todavía queda mucho por recorrer. En esta tarea resulta algo imprescindible el considerar a las mujeres como sujetos activos en política, pues su acción “remite a un conjunto de prácticas sociales que cambian, evolucionan y provocan

relaciones de participación y exclusión”⁷³. Además, con tal de hacer una rigurosa historia de género, que no historia de las mujeres, deberíamos ahondar en las masculinidades, las feminidades y sus relaciones, también sobre el uso que han hecho los Estados de ellas. También en el sentido más radical de esta última expresión, el estudio de las concepciones de los roles de género nos permitiría profundizar en la represión sexuada que siempre ejercen los regímenes totalitarios contra las mujeres (investigando sobre el número de mujeres asesinadas durante la Guerra Civil o los castigos ejercidos solamente sobre ellas, por ejemplo), entendiendo mejor también la oposición femenina durante la dictadura.

En conclusión, la mayor tarea pendiente consiste en la integración del relato de género dentro del general, en la búsqueda de “la recuperación de una memoria colectiva que no sea androcéntrica y masculina, sino que recoja los discursos y experiencias de las mujeres en los espacios públicos y privados”⁷⁴.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Abad, I., 2009. Las dimensiones de la <<Represión Sexuada>> durante la dictadura franquista. *Jerónimo Zurita*, 84, pp.65-86.
- Alegre, D., 2018. Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica. *Hispania Nova*, 16, pp.164-196.
- Aresti, N., 2005. Ideales y expectativas: la evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX. *Gerónimo de Uztariz*, 21, pp.67-80.
- Aresti, N., 2012. Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42(2), pp.55-72.
- Blasco, I., 2005. “Sección Femenina” y “Acción Católica”: la movilización de las mujeres durante el franquismo. *Gerónimo de Uztariz*, 21, pp.55-66.
- Bock, G., 1991. La historia de las mujeres y la historia del género. Aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, 9, pp.55-78.
- Cenarro, A., 2017. La Falange es un modo de ser (mujer): Discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945). *Historia y Política*, 37, pp.91-120.
- Cenarro, A., 2006. Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo. *Historia y Política*, 16, pp.159-182.

⁷³ Ramos, M.D., Historia de las mujeres y género, *Op.Cit.*, p.232.

⁷⁴ Ramos, M.D., *Ibid.*, p.232.

- Ibáñez, M., 2016. ¿Alguien hablará de nosotras cuando hayamos muerto? Sobre género, franquismo y didáctica. *Revista de Didácticas Específicas*, 14, pp.50-70.
- Joly, M., 2008. Las violencias sexuadas de la Guerra Civil española: paradigma para una lectura cultural del conflicto. *Historia Social*, 61, pp.89-107.
- Moral, A.M., 2018. Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas Amazonas? *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7 (13), pp.61-80.
- Moreno, M., 2005. Republicanas y república en la Guerra Civil: encuentros y desencuentros. *Ayer*, 60, pp.165-195.
- Ofer, I., 2005. Historical models – Contemporary identities: The Sección Femenina of the Spanish Falange and its redefinition of the term ‘femininity’. *Journal of Contemporary History*, 40(4), pp.663-674.
- Ofer, I., 2018. Mujeres (nacionalistas) del frente: Espacio y género en la guerra civil española. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7 (13), pp.159-178.
- Ortega, T.M., 2010. <<Hijas de Isabel>> Discurso, representaciones y simbolizaciones de la mujer y de lo femenino en la extrema derecha española del periodo de entreguerras. *Feminismo/s*, 16, pp.207-232.
- Ramos, M.D., 2015. Historia de las mujeres y género. Una mirada a la época contemporánea. *Revista de Historiografía*, 22, pp.211-233.
- Rodrigo, J., 2011. Acosada y desprestigiada: la “historia” vista desde la “memoria”. *Con-ciencia social: anuario de didáctica de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, 15, pp.133-140.
- Rodrigo, J., 2013. *Cruzada, paz, memoria*. Granada: Comares.
- Rodríguez, S., 2005. Mujeres perversas. La caricaturización femenina como expresión de poder entre la guerra civil y el franquismo. *Asparkia*, 16, pp.177-198.
- Scott, J.W., 1986. Gender: A useful category of historical analysis. *The American Historical Review*, 91(5), pp.1053-1075.
- Sevillano, F., 2007. *Rojos : la representación del enemigo en la Guerra Civil*. Madrid: Alianza.
- Souto, L., 2017. La memoria republicana y el discurso femenino en la transición: Tomasa Cuevas, Juana Doña y Carlota O’Neil. *Sociocriticism*, 32 (1), pp.175-201.
- Verdugo, V., 2008. Franquismo y represión penitenciaria femenina: las presas de Franco en Valencia. *Arenal*, 15 (1), pp.151-176.
- Y. *Revista de la mujer nacional sindicalista*. Números 1 (1938), 6 (1938), 7 (1938) y 15 (1939).

7. ANEXO

Retratos de Mujeres

RETRATO EJEMPLAR DE LA RAZA

I

Por la bendición de Dios le ha tocado a la suerte de España una raza espléndida de mujeres. De madres, de esposas, de hijas, de ricas hembras y mujeres del pueblo ejemplares.

Con orgullo de la cosa propia —con el *Spanisches Stolz* que nos atribuyen los tudescos— podemos gritarlo alto y claro a las múltiples vías de las direcciones varias de la Rosa de los Vientos. Poseemos una raza depurada en el crisol histórico de los siglos, y la mujer —tabernáculo de la raza que siempre se renueva— es de ella exponente óptimo.

La mujer de la hispana tierra no es, ni puede serlo, igual o parecida a la de nación alguna. Su origen, su evolución social e histórica, sus vicisitudes y su vida, son únicas y exclusivas. Como España toda. La raza de España se ha forjado en el yunque de la selección de lo mejor de todas las razas que han desfilado por las bambalinas de la geografía mediterránea. Y sus mujeres han recogido en su atractivo los encantos de cada una de ellas. El sabor exótico de todas, y ha formado el tipo hispano. Espiritual y corporalmente típico. Propio.

Tenemos en nuestro solar el recuerdo de razas que son de origen lejano y remoto: celtas, iberos, normandos, vascones; la presencia de los que buscaron la aventura en las tierras de Argantonio: fenicios, griegos, etruscos, cartagineses y romanos; y la herencia de los que vinieron a él empujados por el sino que mueve a los grupos raciales sobre el mapa: germanos, eslavos y árabes. Todo presidido por dos signos: el imperial de la latinidad y el católico de la cruz.

Y así fueron las mujeres de España. Amalgama trabada de todos los vientos, selección de dulzuras y durezas, de voluptuosidades y virtudes, de resignación y rebeldía, de mansedumbre y heroísmo. De lo rubio y lo moreno. De lo ario y lo africano. De lo pagano y lo cristiano, en una sublimación de valores.

Por ello las madres de nuestros hijos, nuestras hermanas, nuestras madres y nuestras hijas son el producto de una raza en la que sólo hay memorias memorables —valga el pleonismo— de mujeres que son ejemplo. Que son la continuación en el presente —en nuestra guerra para y por la España nacionalsindicalista— de una raza en la que no hay ni un solo caso de monstruosidad, de aberración o de degeneración. De una raza que no sabe de la doblez de la rubia Isabel, la “reina virgen” de Albión, que no sabe de los abismos morales de Fredegunda

de Francia, ni de la perversión de la Lucrecia de una Italia en el esplendor de su decadencia moral.

II

La mujer de España no tiene un tipo físico determinado, pese a la propaganda de pandereta, pero sí una silueta moral inconfundible. Inconfundible pese al confusiónismo que ha querido lanzar sobre ella la “leyenda negra” de la mujer española.

La Leyenda Negra del enclaustramiento africano de la mujer de España, de sus prejuicios ultramORALES, de su ñoñería provinciana, de su indestructible pacatería, producto de la “tiranía” de un catolicismo rijoso. Leyenda Negra que pudo edificarse y aparecer como verdadera ante los ojos ignorantes que no alcanzaron a distinguir la selva por culpa de los árboles; que sólo miraron la sociedad española de los últimos decenios, en los que un régimen social retardado hizo que todos los perfiles se acusaran en caricatura y que ante la máxima inmoralidad surgiera la más fuerte reacción; sin mirar la historia toda de nuestro pueblo, único que posee los ejemplares más diversos de heroísmo, prudencia, dulzura, sabiduría, don de mando, capacidad, honestidad, santidad, misticismo y espíritu femenino.

Y a la arena de España podemos hacer saltar los ejemplos. De madres como doña Berenguela y María de Molina, de esposas como Isabel de Castilla, de santas como Sor María de Agreda y Teresa de Jesús, de heroínas como las mujeres de Numancia, del sitio de Zaragoza o del Alcázar de Toledo... y la pléyade de madres, santas y heroínas de la guerra de redención, en el primer milenio de la nueva era que construye corazones cuya única coraza es la azul camisa de la Falange.

La mujer de España puede ser alta o baja, clara como una germana o morena como una latina. Fuerte como una musulmana o recia como una esclava, pero siempre tendrá el alma moldeada por el patrón único de lo español austero, exacto y medido, que le marcará una ruta en la que no habrá, ni aun para el mérito o la virtud, desproporción y gesto ampuloso alguno, antagónico de nuestro espíritu, austero y preciso. Del espíritu de España, que dió mujeres que enorgullecen a toda una raza: la de Europa.

ALCIDES.
Colaborador Nacional.

MUJERES VERDES, MUJERES ROJAS, MUJERES LILAS, MUJERES GRISES Y MUJERES AZULES.

Hacia ya años que los españoles jóvenes y medianamente analíticos, sólo disponíamos en existencia de cuatro únicos tipos de mujeres, de las que estábamos deseando huir siempre y de las que no podíamos huir nunca, porque el sentimiento, la necesidad, la tradición, las leyes morales, la sociedad y la velocidad adquirida desde la Creación arrastran al hombre hacia la mujer.

El conflicto se planteaba de este modo sofocante: vivir con «ellas», imposible; vivir sin «ellas», imposible también.

Tal tema, y su planteamiento, había sido en su tiempo tratado por los latinos —ya es sabido que los latinos trataron todos los temas como a amigos de la infancia— diciendo *Nec tecum, nec sine te, vivere possum*; y, gracias a la contumacia y unanimidad de expresarse en latín propia de los latinos y a lo poco extendido que está, en cambio, entre nosotros el conocimiento del latín, los analistas, víctimas del conflicto, podíamos repetir en castellano, como el que dice algo nuevo, que: ni con «ellas» ni sin «ellas» nos era posible la vida. Los flamencos, gentes de naturaleza también esencialmente analítica, lo tenían muy repetido asimismo, en su idioma odosilábico y lacrimógeno, y en diversas noches de luna:

«Ni contigo ni sin ti
hallan mis penas remedio...»

En cuanto a nosotros, los habituados a un mediano análisis, para probar como cierta la afirmación que planteaba el conflicto y para denunciar la necesidad imperiosa de que el conflicto planteado se resolviese, acumulamos durante años y años libros, comedias, poesías, ensayos, artículos, cuplés, alhuyas y hasta prospectos en octavilla. Inútilmente.

Los cuatro únicos tipos o grupos en que las mujeres de España podían dividirse entonces eran, con arreglo a una diferenciación de color, que es la diferenciación más elemental, las verdes, las rojas, las lilas y las grises.

Un cuadro sinóptico puede aclarar mucho cuáles, aproximadamente, pertenecían o podían situarse en cada grupo.

Por ejemplo:

| | |
|----------------|---|
| Primer Grupo | «Fatales en toda la extensión de la gama. |
| Mujeres Verdes | Viajeras, rubias, de trasatlánticos y expresos. |
| | Divorciadas de maridos desconocidos. |
| | Flores, más o menos fangosas, de «cabaret». |
| | Pebetas, protagonistas reales de tangos argentinos imaginarios. |
| | Mujeres de teatro, de cine, y estrellas de variedades, con sus honrosas, naturales y múltiples excepciones. |
| | Viudas sin partido de defunción de su esposo. |
| | Pensionistas que no cobraban pensión oficial alguna. |
| | Doncellas que no podían demostrarlo y criadas de servir que no servían. |
| | Huérfanos de personajes ilustres que nunca existieron. |
| | Muchachas tristes de vida alegre y muchachas alegres de vida triste. |
| | Etc., etc. |

Segundo Grupo

Mujeres Rojas

Agitadoras políticas; propagandistas, oradoras de mitín, etc.

Periodistas: entrevistadoras y reporteras tendenciosas. Lectoras de los rusos con indigestión moscovita crónica.

Feas conscientes de serlo; contrahechas, patizambas, bizcas y amargadas de la vida.

Afiliadas a las juventudes comunistas, las juventudes libertarias, las juventudes socialistas y a las demás juventudes sin juventud.

Snobs, pertenecientes a las más diversas clases sociales, partidarias de Moscú por moda, como si Moscú hubiera sido un nuevo modelo de sombrero o un espectáculo recién aparecido para regular el funcionamiento del hígado.

Mujeres familiares de hombres rojos, provistas de ideas políticas transmitidas por ósmosis.

Etc., etc.

Tercer Grupo

Mujeres Lilas

Estudiantes universitarias de la F. U. E.

Muchachas que hablaban de «querer vivir su vida».

Republicanas, por admiración al talento y a la belleza física de Azaña.

Aspirantes a «estrella de cine».

Lectoras de Freud y preocupadas por la psicoanálisis.

Feministas, pedantes, y marisabidillas de la ciencia y la filosofía.

Entusiastas del divorcio por creer que iban a encontrar un marido mejor.

Admiradoras sin saber por qué de Alberti, Dalí, de todo lo que estuviera torcido o fuera decididamente inferior.

Deportistas por aburrimiento.

Muchachas que encontraban cursi todo lo español y distinguido todo lo extranjero.

Espectadoras emocionadas de «Nuestra Natacha».

Etc., etc.

Cuarto Grupo

Mujeres Grises

Lectoras de novelas rosa.

Muchachas asfixiadas en el interior de una casa de barrio o de provincia.

Bailarinas de danzas clásicas.

Fracasadas en cosas emprendidas sin fe en el éxito.

Coleccionistas de fotos de artistas de cine.

Jóvenes obstinadas en vestir como no podían y en aparentar lo que no eran.

Apáticas, fatalistas, pesimistas y resignadas con su insignificancia.

Mujeres sin pensamiento o con el pensamiento en letargo.

Etc., etc.

Los españoles jóvenes y medianamente analíticos no tenían entonces convivencia y trato posibles sino con mujeres rojas, o verdes, o grises, o lilas, y era necesario convivir y tratarlas; pero ¿cómo tratarlas y convivir con ellas?

De las rojas huíamos desde luego sin volver el rostro. A una agitadora política sólo podía aguantarla un tozudo del comunismo, de esos que navegan mentalmente por aguas del tercer grado de la esquizofrenia. A las periodistas y reporteras tendenciosas, que se le presentaban a uno hablando de literatura para acabar preguntando:

—¿Qué opina usted del plan quinquenal?

Yo solía decirles:

—Déjeme usted cinco años para reflexionar.

Con las aplicadas a la juventud comunista o a la juventud socialista o a la juventud libertaria, no hubiera cabido más trato que el estricto para aconsejarles:

—Joven: cuidado que la juventud es flor de un día.

A las lectoras de los rusos con indigestión moscovita crónica, se las quitaba uno de encima en el acto recomendándoles las obras completas de Salgari. Y ante las rojas por feas, contrahechas, patizambas, bizcas o amargadas de la vida, se tomaba un tranvía en marcha. Las «snobs», partidarias de Moscú por moda, de las que había ejemplares en todas las clases de la sociedad, eran las más insoportables; la simple conversación con ellas resultaba imposible y acababa uno pensando al alejarse: «ya me lo dirás cuando tus amigos» te rebocen a tiros...», cosa que le ha sucedido a más de una, para su desgracia.

De las lilas —muchas de las cuales, con el tiempo se volvían rojas— huíamos igualmente los españoles jóvenes y medianamente analíticos. Las estudiantes de la F.U.E. eran un producto de una repelencia parecida a la pasta del churro. Frente a las muchachas que hablaban de «querer vivir su vida» sólo brotaba por parte nuestra un comentario íntimo:

—Bueno, viva usted su vida, pero la mía no intente vivirla porque prefiero vivírmela yo solito.

De las republicanas de Azaña nos separaba un abismo de verrugas. De las aspirantes a «estrellas» de cine, el haber tenido que soportar a las «estrellas» de veras. A las lectoras de Freud se las veía sólo desde lejos y con el miedo a que «descubriesen» que a los seis meses de edad había estado uno enamorado de la Cleo de Merode. Las feministas, pedantes y marisabidillas de la ciencia y la filosofía las cedíamos con gusto a cualquier pollito marxista, de esos que se acostaban con las gafas puestas para poder conocer en sueños a Bakunín. De las entusiastas del divorcio por creer que iban a encontrar un marido mejor nos apartaba el instinto de conservación. Rehuíamos a las admiradoras de Alberti, Dalí, lo torcido y lo inferior, por evitar el contagio, pues la idiotez es un microbio que se transmite hasta por T. S. H. y éramos incompatibles con las deportistas por aburrimiento a causa del aburrimiento que nos había producido varias veces el deporte. Y con las que encontraban cursi todo lo español y distinguido todo lo extranjero por la razón de que uno había recorrido consecuentemente todo el extranjero añorando todo lo español. Y escapábamos, en fin, a las espectadoras emocionadas de «Nuestra Natacha» por miedo de que, al saber que no habíamos visto la obra, se les ocurriese invitarnos a ir a verla.

Descartadas en redondo las rojas y las lilas, a los españoles jóvenes y medianamente analíticos sólo nos quedaban dos grupos de mujeres:

de las mujeres, porque se ha dicho siempre que el hombre es el apoyo de la mujer, pero eso es una inmensa mentira; y la verdad es que la mujer es el apoyo del hombre.

Ante el dilema insoluble, unos protestábamos airadamente, de palabra o por escrito, en serio o con bromas candentes. Y muchos, que no habían salido nunca de España, emigraban, con la ilusión de hallar en otros países la clase de mujer que no encontraban en su patria. Al cabo del tiempo, escribían desilusionados: «A pesar de todo, comprendo que preferiría siempre las españolas. ¡Sí las españolas cambiasen!... Avisame si cambian algún día».

Y, de pronto, amanece el día español en que las españolas cambian. Todos los colores del iris, al girar vertiginosamente, volteados por las fuerzas inmensas de la raza, en lugar de dar el color blanco que nos enseñó la Física, dan un color azul.

Surge ese día la mujer azul.

la que comprende cuál es la misión del hombre como hombre, la de la mujer como mujer y la de la mujer como apoyo del hombre;

la que es femenina sin ser feminista;

la que reza y razona;

la que sabe estar en casa y andar por la calle;

la que conoce sus horizontes y no ignora sus límites;

la que no busca convertir la simple amistad en amor ni cree que el amor sea una simple amistad;

la que no hace de su virtud un defecto ni piensa que sus defectos son virtudes;

la que ha aprendido que la verdadera independencia es vivir pendiente de todo;

la que llama libertad a la facilidad para proceder bien;

la que medita lo que va a decir;

la que se mejora cuando sufre y goza cuando se mejora;

la que puede ser alegre sin ser ligera;

la que trabaja sólo en lo suyo, porque lo suyo es a la larga lo de todos;

la que es justa sin pedir justicia;

la que no tiene pasado y cuida en todo instante de su presente, porque sabe que lleva dentro de sí misma el porvenir;

Es decir, la que ha hecho real lo ideal.

Las niñas, un día de los que eran... He notado esta dulzura de Margarita Nolasco en uno de los discursos...
reparar de los hombres, hacia ellos... —nues que 'decalca' a las clases obrerás. Su lengua y su garganta, secas de
egre. Nolasco, Margarita, era una de las... decir: maldades, bon, noxistado, tres, pases, de amor... De su cuello, nada la...
en un momento, se veía de la vida... —cuando se oye que sostiene sus aristocráticos imperminentes, Es la gran jar-
da' uniste 'una semimilitar'. Los hombres que de le na- sando una, única, no la de sus aeroperos insustitutos...
erbaos eran comb' en el, de 'oicinas oscuras, de p'ficatoria de condición... a las...
man a

En el periódico Nacional, ya tiro al agua
estas firmulas viejas tiradas ya, así con
cualquier per una nueva firmula fragante

degrafiar a todas las analíticas engrafadas
Punto en sentido. Perdona si no me
a enigir demasiado.

Enrique JARDIEL PONCELA

Porque las grises eran demasiado tristes, y las azules
demasiado alegres; porque las grises le hacían a uno hablar
chupón, y las azules no le dejaban a uno hablar nunca; porque
las grises aspiraban a comprendernos a nosotros sin que jamás
nos entendamos comprendidos, y las azules deseaban ser com-
prendidas ellas mismas sin que tuvieran nada que comprender.
Por tantas y tantas razones.

Por tanto, por más lo, viene por tanto. Ni con ellas ni sin ellas
podemos vivir. En el gran drama de la juventud española
necesitamos analíticas. Y todas, y cada una, necesitábamos

Al más de poco a
la vida firmula, con
ellas ni sin ellas, y
gracias a ellas.

Y me dispongo a a
ella ligada al día
fondo, pero con ella

Margarita Nelken o la MALDAI

En aquel terrible Madrid de agosto del 36, cuando el terror llegaba al máximo, apareció una noche en «Claridad» un artículo de Margarita Nelken en que pedía a las milicias no se limitaran a asesinar hombres, sino que incluyeran en «los paseos» a las esposas, novias o hermanas de los perseguidos.

Estaba uno curado, al parecer, de espanto y sin embargo aquella especial incitación al crimen nos produjo la peor angustia.

El artículo tuvo su efecto, las arpias de los barrios se unieron a la ronda de la muerte y comenzaron a caer finas mujeres de la burguesía, blancas y espigadas madrileñas, en plena juventud, pues a la incitación criminal habían respondido los más bajos sentimientos humanos y aquello se convertía en la venganza, en suspenso durante siglos, de la fea contra la guapa.

En aquellas noches calientes del estío madrileño aparecieron en solares y desmontes y en las trágicas posturas de la muerte, los cuerpos desgarrados de la flor del garbo, de las más bellas muchachas de la ciudad. Entre sus vestidos, hechos jirones, brillaba su tersa carne blanca con luz de luna.

Conocemos a las mujeres que fusilaban, eran aquellos monstruos de los desfiles del 1.º de mayo y de las broncas de los mercados arrabaleros.

Eran las feas en celo, las contrahechas en rebelión, supurando odio y envidia, vengando en aquellas víctimas un daño del que eran inocentes, vengando el desaire perpetuo de los hombres hacia ellas.

Ahí estaba toda Margarita Nelken. Mujer encorsetada y burriega, pedante y sin encanto femenino, de carne colorada, había arrastrado una triste vida sentimental. Los hombres que se le habían acercado eran como ella, de oficinas oscuras, de plataforma de tranvía de las afueras; sin la gracia paleta de los hombres del pueblo y sin el estilo de los hombres de raza.

Ella sabía que había algo más en el mundo de Gordon Ordax y Basilio Alvarez, pero a los demás hombres ella los vio siempre a través de su simpertinentes, alejarse con otras, con aquellas que hoy hacía fusilar.

La Nelken hablaba de pintura en los museos y llevaba las retinas llenas de dioses, héroes y sátiros, pero debía tener la sensación al entrar en el Prado y adentrarse por la galería central, de que los Apolos y los Parises se volvían de espaldas para no verla.

Había mujeres más feas y de peor figura, pero salvadas por la gracia. En ella era todo repulsión.

Tenía una cursilería emponzoñada que le quitaba ese indudable atractivo físico que tienen muchas cursis; al verla encaramada en sus impertinentes se presentía su carne cruda, prensada, con varices y una ropa interior violeta.

Creyó, como otras de su tipo, que la República las elevaría a otras regiones sociales, y no fué así, sólo elevó sus sueldos. La gente fina del saber y del arte no fueron jamás con ella ni con las Araquistáin ni las Vayo, por muchos tés que dieran. Las finas gentes de Madrid se siguieron reuniendo como antes, como después, sin contar con ellas y triste ventura! en regiones de belleza y aristocracia.

¡Cuánta inquina!

Su rencor la llevó a los pueblos a predicar el robo y el asesinato, quería quitarse de en medio a toda la gente que le recordaba su



He aquí el gesto dulzón de Margarita Nelken en uno de los discursos criminales que dedicaba a las clases obreras. Su lengua y su garganta, secas de decir maldades, han necesitado tres vasos de agua... De su cuello pende la cadena de oro que sostiene sus aristocráticos impertinentes. Es la gran farfante que quiere ocultar sus perversos instintos.

condición y cuando comenzó la orgía, de pronto se dió cuenta de que podrían salvarse las mujeres bonitas.

«¡Que las maten también!»—gemía en «Claridad»...

Pasada la guerra tendremos el corazón lleno de deseos de perdonar el daño, la comprensión para sin fin de actitudes, pero no podremos olvidar a los que aprovecharon esta tremenda convulsión para mostrar que eran la encarnación del mal, que tenían un alma podrida. No podremos olvidar, ni perdonar, a los asesinos, pero tampoco a los que encaramados en una situación de privilegio desde la que pudieron salvar, escarnecieron por el contrario, acusaron, denunciaron, llevaron a la muerte a tanto inocente. España se ha abierto en dos zonas y es ancha la zanja que las separa, en un lado las personas buenas, generosas, valientes; en el otro los malos. Antes se vivía en confusión, las apariencias nos hacían clasificar a las gentes de un modo caprichoso que luego ha resultado muchas veces falso. La guerra ha puesto las cartas sobre la mesa, la conducta de cada español en esta guerra es la huella «dactilar» de su corazón. Perdonaremos antes al que hoy está con el fusil frente a nosotros, que a los soplones, denunciadores, calumniadores, que aprovecharon la conmoción para saciar sus torpes envidias, sus tristes odios personales para vengar sus limitaciones, de las cuales no tenemos la culpa.

Margarita Nelken es un tipo representativo, azuzadora del odio, promotora de la Muerte, merece nuestro encono eterno, nuestro castigo inexorable.

Edgar Neville.

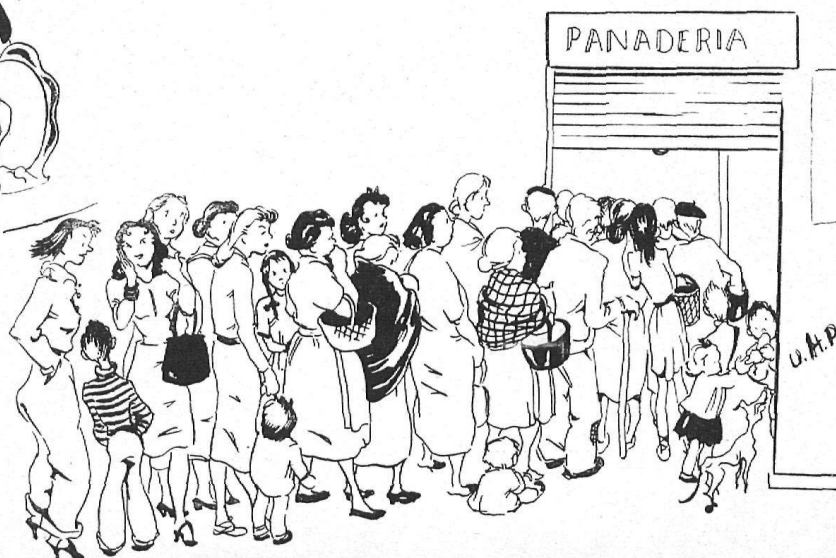
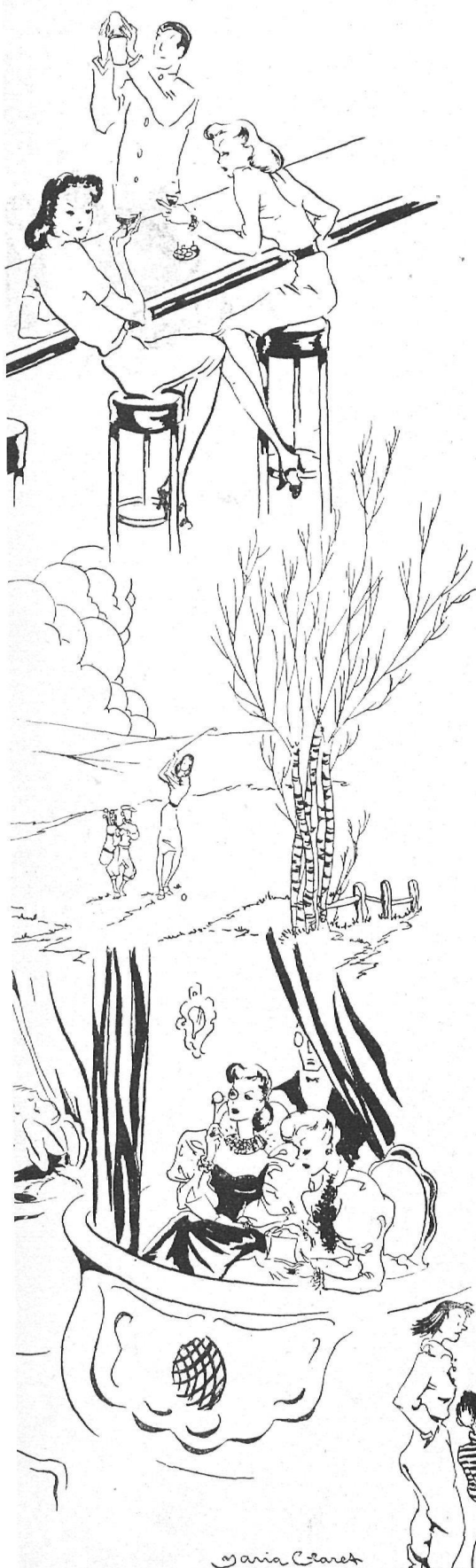
Las mujeres nacionales

PERFILES DE PAZ

Sabemos — y la hemos ponderado justamente — cómo ha sido la labor y la actitud de la mujer española en la retaguardia nacional. El sacrificio ha llegado a la categoría de vocación. La abnegación ha sido simple servicio. Ningún trabajo practicable ha sido ahorrado. Ningún entusiasmo, resistido. ¿Y en las retaguardias rojas? ¿Qué han hecho en ellas las mujeres? Este es un gran tema. Y un gran motivo de reflexión. Porque, prescindiendo, como es lógico, de las arpias que superaron sacrilegios masculinos y que hicieron de la emulación hombruna y de la blasfemia marxista un constante ejercicio, la mujer, la esposa del perseguido, la hija del encarcelado, la hermana del que estuvo escondido, como síntesis de una gran parcela humana, de una colectividad integrada en nuestra gran coyuntura, ha sido, en rigor, el coeficiente más elevado de todas las aportaciones a la Causa, en su sentido de lucha, y en su carácter de aflictiva prueba.

Al llegar a Madrid, como hace unas semanas al pisar Barcelona, hemos podido enterarnos del pormenor edificante. El heroísmo anónimo, pequeño, renovado cada día, sin desmayo, sin queja, es acaso el de más fina calidad. Se puede en un minuto decisivo consumir, por impulso, por inspiración, o por coraje, la hazaña rutilante. Es como una llamarada genial que ilumina la vida y produce la anécdota del elegido. La incorporación queda hecha. Pero la muestra ha sido rápida, fugaz, a veces impensada, y a veces ineludible. La acción episódica puede revelar una dotación moral, un valor magnífico. Por eso se premia y se exalta. ¿Y esta acción permanente, de una jornada que eslabona la precedente y la que sigue? Las mujeres nacionales de las rojas retaguardias, no han dudado un momento, no han sentido tentaciones de vacar en su deber de cada día. Muchas estaban dispuestas, por situación y por hábito, a no conocer jamás la contrariedad física. Eso que se ha dado en llamar frivolidad y que es, simplemente, una práctica cómoda, elegante y grata de vivir, parecía sustraerlas a toda preparación para las ásperas faenas y los duros trances que determinara la permanencia en la zona maldicida. Y, sin embargo, la mutación fué fácil, la costumbre se trocó soportable, y el empeño se logró hasta las horas —casi tres años, esperadas— de la clausura de la guerra.

La mujer que ha sufrido el rigor de presencia y de convivencia en estas grandes ciudades sojuzgadas por el poder marxista, ha evidenciado para siempre —para la Historia— la posesión de este factor moral que es el silencio; han sabido vivir en silencio. Han callado a sus hijos, o a sus maridos, todo el esfuerzo, toda la tensión de voluntad que necesitaban poner en juego para «estar» en el ambiente adverso, hostil y mortificante. Y han callado, en la heterogénea confusión de las «colas» y las esperas penosas, todo su sentimiento y su reacción. Y han silenciado impulsos. Y han aprendido a rezar, para adentro, ni siquiera en voz baja. Pero no han dejado de rezar. Sabían o esperaban que un día —éste que ya ha llegado— sus gargantas no tendrían freno ni para bendecir, ni para aclamar. Y



en las retaguardias rojas

por Francisco
Casares.



esperaban. Sólo en el momento difícil, en el desmayo o la flaqueza del varón, el bisbiseo de una frase, la oportunidad de unas palabras apenas dibujadas en los labios, una simple sonrisa, rompían el silencio. Era necesario seguir. La mujer, en cada casa, en cada peripécia, tuvo a su cargo la tarea de levantar la moral. Para ellas no había, desde fuera, el recurso. Lo daban a los suyos, sin recibirlo, a su vez. ¡Cuántas lágrimas, cuántas oraciones, en las horas de la noche, sin vigilancia ajena, sin sospecha de nadie, cuando ya era lícito expandir la desesperación o conceder un cauce a la debilidad! Y luego, alumbrada una jornada nueva, a la lucha, a la brega, a las «colas», en que era forzoso mezclar el silencio y la resignación con los insultos y las vocinglerías de las mujeres del marxismo soez y dominante.

Las muchachas nacionales que han vivido en Madrid han llegado, en muchos casos, a culminaciones de conducta realmente magníficas, increíbles. Algún día se sabrá con exacta noción, lo que han sido en estas retaguardias el «Socorro Blanco». Y cómo se llevaba aliento y comida a los presos. Y de qué forma, al llegar las tropas, se pudo encontrar una organización ancha y secreta de Falange, que no tenía, naturalmente ni la forma ni el módulo de la oficial, pero que representaba un intento, un deseo. Y sobre todo, un inaudito atrevimiento. Y esta gallardía de actuación, este valor —tan conectado a todas las posibilidades de represalia y de riesgo— ha sido principalmente obra de las mujeres. Ellas no podían ceñirse el blanco delantal de Auxilio Social, ni la blusa azul de la Falange. No podían dar expansión a su sentimiento maternal en torno a las mesas alegres de los comedores infantiles. Pero el balance mental de cada día les arrojaba un saldo de entusiasmo, de ayuda de solidaridad, de darlo todo sin pedir ni esperar nada inmediato, que ha de tener, hoy, en la paz, para nosotros, una estimación tan alta como la que nos merecieron labores y actitudes de las mujeres de la España Nacional.

Hoy se incorporan todas estas españolas a la Patria total y libre. Ya no tienen sobre sus almas el cilicio del silencio. Ya no callan. Ni conviven, en sometimiento humillante y duro, en esas cadenas humanas que se apretaban a los muros de las calles madrileñas para obtener el pan o la porción, deliberadamente corta, concienzudamente disminuida, que la tiranía roja echaba sobre las fauces hambrientas de los que aquí estuvieron. Ha terminado la pesadilla. La Falange Femenina tiene, por incorporación física, nuevos millares de camisas y de flechas rutilantes. En espíritu ya las tenía. La mujer española no tiene que sufrir la pena de ocultar su oración, ni de ahogar, en sollozo vergonzante, sus himnos de paz y de victoria. Pero es justo y es debido que, en la coyuntura del tránsito, cuando se rompen las mordazas y se cambian los hábitos, recordemos todos, sin hipérbole, pero sin tibieza, con la sobriedad y la justeza que es el estilo expresivo y dialéctico de la España lograda y pujante, todo lo que ha habido de aportación, de heroísmo, de entrega y de amor humano en estas admirables mujeres nacionales de las rojas retaguardias.





El Capitán Moreno, caído por Dios y por España.

BROTOS HEROICA

Marina Moreno y su padre el Capitán Moreno, muertos heroicamente por Dios y por España el 15 de agosto de 1936 y el 15 de agosto de 1938

muralla de corazones valientes y al viajero le ofrecen ahora retazos y jirones del heroísmo derrochado, simbolizados en una cruz que reza a los Caídos, en la brega dura y larga.

MARINA MORENO, HEROINA DE ARAGON. SU MUERTE Y SU RECUERDO.

En nuestra vanguardia quedó Almudevar y hasta este pueblo en los días difíciles llegaba el anhelo y la angustia. A las trincheras corría el eco impaciente de Zaragoza y sus esperanzas. A impregnar optimismo y coraje y fe llegó allí Marina Moreno con la Falange 13. Sintió alguna camarada superstición por su orden y ella la reclamó para sí. Prodigaba consuelos de hermana, de novia... de mujer española. Llevó además lo que la guerra demandaba: municiones y víveres con prodigalidad.

Quince de agosto del 36... rumiaba el adversario desbordar las defensas de la capital del Pilar. Otra vez hacia las trincheras las Falanges azules. Marina Moreno, en pie en un camión con camaradas, recorría veloz en el alba último de su vida los cuarenta y tantos kilómetros de carretera polvorienta.

Poca distancia a la vanguardia de Almudevar el cadáver de un camarada yace tendido en medio del camino. Al frenar el camión, una ametralladora oculta en un matorral de las lomas contiguas, sacía su ira en el corazón de los españoles apiñados encima. Ruedan sus cuerpos por tierra y el de Marina queda tendido en gravísimo estado.

Quien logra salvarse, comunica la traicionera emboscada. Rápidamente salen en auxilio nuevas fuerzas, dispuestas más por su fe que por sus medios guerreros, a vengar la sangre derramada. Y con un impulso certero acorralan a los rojos, exterminando a los más y perseguidos los otros muy de cerca. Se rescatan los cuerpos inermes ya, de los primeros mártires por Dios y España, y con el de ellos llegan al Hospital de Zaragoza la vida tronchada en flor por la emboscada roja, de Marina Moreno.

Nadie llora su muerte, porque todas sus camaradas le envidian; forman su guardia ante los restos de la heroína azul y, con ellas legionarios de la Bandera que manda el padre de Marina, el Capitán Moreno.

Zaragoza le dedica una de sus avenidas y hasta el Camposanto le acompaña una torrentera caudalosa de camaradas, portadores de flores y de banderas tremolantes en los primeros encuentros con el marxismo internacional, que más luego, ha de tiranizar a los cautivos españoles de la zona sometida a dictados moscovitas.

En la Sección Femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Zaragoza, el recuerdo de Marina es veneración en sus camaradas, ejemplo en sus diarios afanes, prototipo en la formación espiritual de sus almas.

Dos años más tarde, otro 15 de agosto del 38...

TODO UN CAPITAN ESPAÑOL...

Polvos de todos los caminos y senderos de Aragón habían besado las botas del Capitán Moreno. Modelo de militares, a la Bandera Legionaria que en los primeros días de la Cruzada, constituyese en Zaragoza, se incorporó radiante de convicción y esperanza por la Patria mejor. Capitaneó el Tercio de Sanjurjo y «sus cachorros» como él denominaba a los legionarios valientes, le idolatraban y le sentían como padre. Y nada más que esto, fué siempre el Capitán Moreno para sus soldados.

Dos años de incesante batallar y de lucha dura fraguaron su temple singular. La victoria fué siempre su aliada y una salud precaria se esforzaba por mantenerse en la brega montañosa e inclemente.

Marina Moreno llevaba municiones y víveres hasta la misma primera línea, arriesgándose frecuentemente en esta abnegada labor.

AMANEZCERES DE JULIO...

Aragón se aprestó a la defensa. Ni se escatimaron esfuerzos ni se regatearon voluntades. Y al no ser nadie remiso, evocaron las mujeres de la tierra noble a las de su raza, incorporándose prestas en aquel amanecer del 18 de julio.

Y a las Falanges Femeninas de Aragón llegó Marina Moreno. Diez y ocho años de espléndida hermosura en dinamismo multiplicado dieron ejemplo antes de que su sangre y su vida, ascendieran a las estrellas para en guardia permanente señalar su Deber a los que en los campos de batalla y en la retaguardia, cincelan el triunfo de las armas nacionales.

Noticias confusas de la situación en los pueblos de Aragón llegaban a las calles de Zaragoza, en vibración constante de banderas y vítores. Las hordas inundaban con sangre de creyentes los pueblos predilectos. Puñados de valientes sucumbían espartanos en lucha a muerte segura, contra los millares de aventureros y ralea de asesinos exportados al solar de la raza baturra. El saqueo escoltaba con el asesinato a los hombres que pastoreaban felinos por los bajos fondos barceloneses y al trasplantarse a estos pueblos de franco y claro pensar, sus huellas atormentaron el corazón de los que fuera de ellos, acudían en socorro de hermanos en sangre y en alma.

Sierra de Alcubierre... Sacrificio de Tardienta; raya separadora de dos civilizaciones, de dos sentires, de dos conductas diferentes... tanto como la luz y la sombra; como el trópico y el polo. Almenas de Alcubierre donde tus vigías azules clavaron a dentelladas de coraje el ímpetu de los enemigos; Tardienta con su acueducto, laguna traicionera a donde llegaron para no pasar «más adelante». Entre vosotras estableció Aragón su



OS DE LA RAZA

Se le vencía al enemigo en el frente del Ebro por donde al amparo de la sorpresa y de la complicidad se había filtrado en nuestras líneas; la osadía le costaba regueros de sangre de los mejores efectivos internacionales, reclutados entre aventureros de 22 países y consumía en la resistencia Batallones y Brigadas marxistas.

Se le venció en el Segre a donde pretendió llevar nuestras unidades militares, para ver si así se aflojaba el dogal que respaldado por el Ebro asfixiaba el tropel preparado para la defensa de la Cataluña roja. Batallones de carabineros entre los que había chiquillos de 16 años de edad repasaron el río Segre o quedaron en nuestras filas prisioneros o muertos.

Se les derrotó en Albarracín, allá por los pedregosos montes Universales, donde tan inútil como estérilmente sacrificaron hombres y más hombres, con propósitos parecidos y siempre angustiosos. En estas posiciones avanzadas de la Sierra de Griegos, macizo de agreste perfil que se dispara gigante hacia las nubes —en grumos de algodón deshilachado, aquel atardecer caluroso— estaba como siempre dispuesto y en guardia el bravo Capitán Moreno.

Ataques duros del enemigo obligaron a nuestros hombres a excitar su coraje y a poner a prueba su valor. Miles contra cientos; ametralladoras contra fusiles; tanques y carros de combate contra botellas de gasolina y bombas de mano, explosiones artilleras contra trincheras; potencia superior del enemigo en armamento; potencia inferior del mismo en coraje y seguridad de triunfo por el ataque.

Al atardecer gris cobalto del día estival, la bandera española seguía clavada en alti-

vez gloriosa sobre las posiciones nacionales. Había sido derrotado y quebrantado duramente el adversario por la resistencia numantina de los hombres del Capitán Moreno; fué llamado éste por el General Varela que mandaba la zona de operaciones.

—Recibid mi felicitación —le dijo satisfecho— y transmitirle a los oficiales y soldados que tomaron parte activa en la resistencia, mi gratitud y la de España. En cuanto al héroe que les mandó, el Caudillo sabrá premiar su conducta.

Y con la infatigabilidad de su alma—cualidad específica del Capitán Moreno— llegaba risueño y contento a las trincheras nacionales. Iba a hablar cuando la explosión de una granada artillera del enemigo seccionó sus dos piernas. Cayó herido de muerte, pero aún vitoreaba a España y a Franco.

Horas después, llegaban sus Legionarios. El Generalísimo había concedido la Medalla Militar al Capitán Moreno y aquéllos se disputaban quién primero se la había de comunicar. Ninguno tuvo tal fortuna; el Capitán Moreno acababa de morir y en su lucero brillante encontraría la gloria que aquí entre nosotros no llegó a tiempo de conocer.

La Medalla Militar la ostentó su cadáver, porque en su pecho, antes de darle sepultura, la prendió en nombre del Generalísimo, el General de la 5.^a Región.

CONDUCTAS EJEMPLARES

Estirpe la de este Capitán Moreno y su hija Marina, digna del más bello y clásico romancero español. Un padre que sabe inculcar en su hogar los sentimientos de amor a la Patria y unas hijas fervientes y patriotas cum-

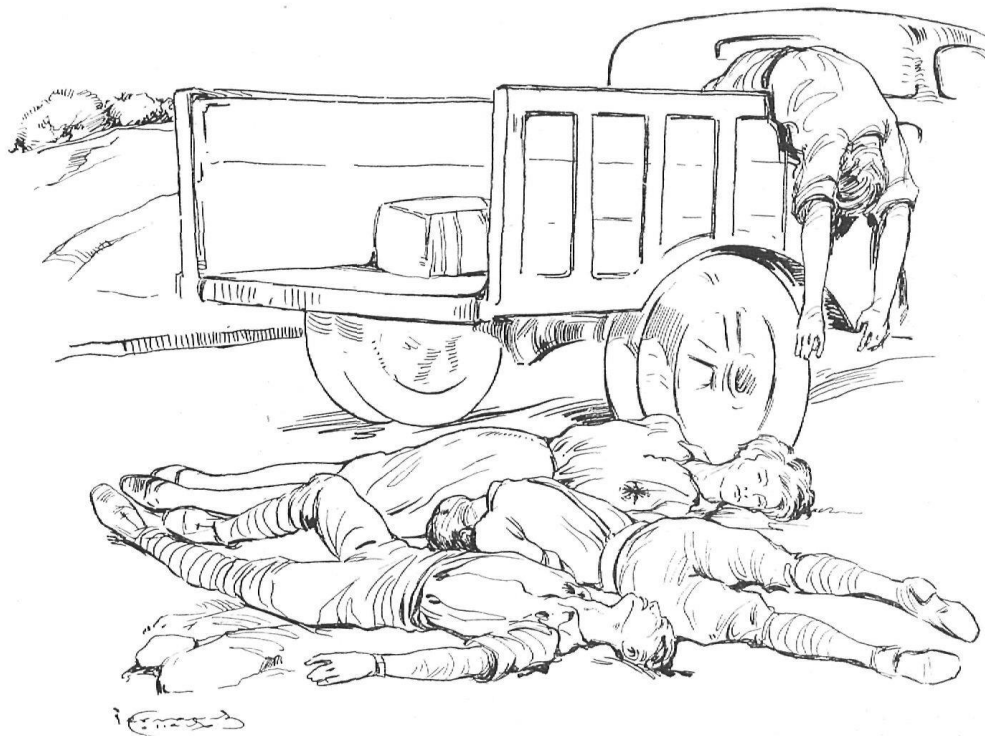


Una explosión de una granada artillera del enemigo mató al Capitán Moreno, precisamente el día en que se cumplía dos años de la muerte heroica de su hijo...

plidoras de la obligación sagrada por defenderla, cuando en trance de muerte, reclama el sacrificio de los españoles.

Ejemplo de mártires la de la esposa y madre a la vez de estos héroes, que con dignidad, orgullo y recato lleva su pena, triste por la ausencia de sus más queridos amores, pero alegre por el brillar de las gestas que con sangre esculpieron en el frontispicio de nuestra epopeya. Sangre heroica que esmalta el amanecer futuro, forjador de la Patria, el Pan y la Justicia...

CARMELO MARÍN.



Una ametralladora enemiga, oculta en un matorral, sacia su ira contra los buenos españoles. Entre los de sus compañeros, allí queda el cuerpo, herido de muerte, de Marina Moreno.